

Cuentos
para niños
por
Adelia
Di Carlo

Ilustraciones
de varios
artistas

CUENTOS PARA NIÑOS

CUENTOS PARA NIÑOS

POR

ADELIA DI CARLO

NUEVA EDICION
AUMENTADA Y MEJORADA

"Librería del Colegio"
BUENOS AIRES

1928



A mi hermano Roberto.
Maternalmente,

LA AUTORA

CUENTOS PARA NIÑOS

Dos libros y dos niños

Un domingo Loló y Javier fueron a visitar a su abuela con el propósito de pasar todo el día con ella.

La saludaron afectuosamente, y la anciana se informó primeramente de sus estudios y luego de cómo empleaban el tiempo cuando se encontraban en su casa. Declararon los dos que se divertían mucho leyendo hermosos cuentos.

La abuela, entonces, se apresuró a contestar:

—Mirad, niños, sobre mi mesita hay dos libros muy apropiados para vosotros; escoged el que más os guste para leer. Pasaréis una buena hora en la lectura, mientras se aguarda a que el almuerzo esté listo.

Loló y Javier se aproximaron a la mesita y sus manos se posaron conjuntamente sobre un libro de bellísimo aspecto; era grande, encuadernado en cuero rojo con brillantes letras doradas.

—Este lo tomo yo — exclamó Javier.



— No, déjame; yo lo ví primero...

La abuela, que oía discutir, preguntó:

— ¿Qué sucede, niños?

Loló, que no quería que su hermano mereciera mal concepto de su abuelita, respondió:

— Nada, nada, Yayita.

Y dejó que su hermano tomase el bellísimo libro. Elijió para ella uno de apariencia modesta, con una cubierta de cartulina blanca. Javier posó su tesoro sobre un sillón y se sentó sobre un banquito para leer con toda comodidad.

Loló fué a sentarse al lado de la abuela.

Los dos niños quedaron por algunos minutos en gran silencio, con la cabeza inclinada sobre las páginas.

Pero Javier comenzó pronto a mirar aquí y allá y a bostezar. El libro era hermosísimo en su exterior, pero muy aburrido por dentro; no tenía ni una figura, ni un párrafo que llamara su atención. Era un libro de historia antigua y Javier no comprendía nada. Por eso, después de haber resistido al fastidio un poco más, Javier se levantó y, caminando en punta de pie, fué a ver lo que Loló leía.

¡Qué libro gracioso, en cambio, le había tocado en suerte a su hermanita! Un libro lleno de figuras coloreadas: *Las aventuras de Pinocchio*. Javier se inclinó detrás de la espalda de su hermanita, y empezó a leer.

Entonces Loló, que era más gentil que él, le dijo:

— Siéntate a mi lado, Javier, y lee conmigo. ¡Es tan lindo este cuento!

Pájaro sin nido

Hace frío afuera, ¡mucho frío! Alrededor de una primorosa mesa toman asiento, a la hora de la comida, varios niños y niñas. La mamá está a la cabecera y, sonriente, bondadosa, sirve a sus hijos la humeante sopa. El apetito y la alegría se encuentran allí reunidos en amigable consorcio. Llega un momento en que las mejillas se tiñen con los bellos colores que dan la salud y el bienestar. Hay un instante en que la amorosa madre contempla embelesada y feliz aquel cuadro de belleza sin igual que le ofrecen sus adoradas criaturas.



Llega el ansiado postre, y las caritas de los niños resplandecen de gozo y de ansiedad. El pastel de dulce está allí, irguiéndose tentador. La madre lo parte y comienza a distribuir las porciones.

— A mí, mamita, a mí la más grande — dice la más pequeñita de las niñas.

— No; a mí, que soy el mayor — exclama a su vez Horacito.

Y así continúan las voces de los otros chiquilines reclamando la porción más grande.

— ¡Uf! ¿qué es eso? — dice la madre enojada. — *Ha*ya paz entre ustedes, porque yo haré las porciones iguales para todos; pero, aun en el supuesto de que no lo hiciera, el que recibiera la más pequeña debería mostrarse satisfecho si su hermanita o hermanito ha recibido una ración mayor. Ahora son ustedes chicos para apreciar estas cosas; pero si se acostumbran a ellas, cuando sean grandes se conquistarán, con esa manera, las simpatías de todos. Deben saber, mis hijitos, que la virtud de dar es la más hermosa de todas y la que más gusta. Ya les he dicho estas cosas muchas veces; veamos si las ponen en práctica.

¡*Dlín, dlín!*... suena en aquel instante el timbre de la puerta de calle.

— ¿Quién es? — pregunta la señora a la doméstica que en ese momento entra en el comedor llevando una bandeja con el café.

— Es la pobre niña vendedora de fósforos — responde la criada. — Dice que hoy no ha vendido nada, y que tiene hambre — agrega, conmovida.

— Mamá — exclama Horacito — le doy mi porción de pastel, ¿quieres?

— Y yo la mía — dice Luisita.

— Y la mía, junto con mi panecito, naranjas y queso también, ¿no te parece, mamita? — dice a su vez Adela, la mayor de las niñas.

Al constatar aquel despertar del corazón de sus hijos, la madre es presa de una emoción vivísima.

— ¡Así me gusta verlos! ¡Sí, hijitos, denle cuanto

tengan, hasta parte de los centavos que han ahorrado en esta última semana!

— Sí, sí, mamá.

Y levantándose, gozosos, salieron los niños al encuentro de la pequeña vendedora de fósforos, que tenía hambre. La pobre niña, dos veces pobre, porque carecía de padres, recibió todos los dones que le brindaron aquellos buenos niños, con lágrimas de agradecimiento. No se cansaba de decir: “¡Gracias, gracias!” Adelita, abrazándola al despedirse, díjole:

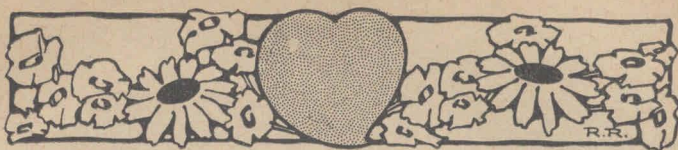
— Ven siempre, ¿oyes?; ven siempre, cuando tengas hambre.

— Bien, hija mía, bien — dijo la madre, mientras se llevaba el pañuelo a los ojos; — es también esta niña un “pájaro sin nido”.

EL LEÑADOR Y EL SÁNDALO

Un leñador el tronco destrozaba
De un sándalo oloroso,
Y el árbol, generoso,
El hacha con su esencia perfumaba.
Imitad un ejemplo tan hermoso,
Que el alma noble y pura,
Do la virtud divina resplandece,
Cifra en él su gloria y su ventura,
Y hasta en cambio del mal, el bien ofrece.

X.



Corazón magnánimo

Bebé, arrollado por un automóvil, fué transportado a su casa con una piernita que parecía fracturada. El accidente se produjo por culpa del conductor, quien llevaba el vehículo a gran velocidad; inmediatamente de acaecido el hecho se le redujo a prisión.

Practicada la primera cura, el médico reservó el diagnóstico. El dolor de su madre ante la idea de que Bebé perdería la pierna, era grande. El niño, aunque sufría mucho, hallaba fuerzas para consolarla:

— No te aflijas, mamita, verás que la salvaré.

Horas después del suceso, lo visitó el juez. El niño fué sometido a un interrogatorio, y, con asombro del magistrado, hizo un relato minucioso de cuanto le aconteciera. Mayor fué la sorpresa del buen señor cuando supo la edad del pequeño: ¡tenía sólo seis años!

Al final, el juez le preguntó con gran ternura:

— ¿Qué pides tú contra el que te ha hecho tanto mal?

— Nada, señor.

— ¡Cómo nada!

— El conductor, según creo, es un padre de familia, y mamá me ha enseñado que nunca debo hacer mal a un hombre en esas condiciones: lo perdono, señor, rogándole a usted que lo ponga pronto en libertad.

— ¡Eso no puede ser!

— ¿Por qué, señor?

— Piensa que si tú pierdes la pierna...

— La prisión de ese hombre no me haría menos desgraciado — se apresuró el niño a decirle interrumpiéndolo. — El no tuvo la intención de hacerme un mal tan grande.

— Pero, niño, la ley es la ley, y estos delitos por imprudencia se castigan.

— No, señor; antes que la ley están los hijos que no deben carecer de pan. Esto me lo enseñó mi mamá, la que, a pesar de lo que padece en este momento, no dejará de aconsejármelo nuevamente, ¿verdad, mamita? — dijo Bebé dirigiéndose a su madre, allí presente.

— Sí, hijo mío — contestó la señora presa de fuerte conmoción; — yo también me uno a tu ruego por la libertad inmediata del conductor.

El juez, que también estaba conmovido hasta las lágrimas, saludó sin agregar palabra y se retiró.

Antes de transponer el umbral, Bebé le gritó:

— Señor juez; ¿lo pondrá usted en libertad?

— Sí — exclamó el magistrado sin volver la cabeza.

La señora abrió la ventana. Junto con el aire tibio entró en la habitación un olor de incienso, suave e indulgente como palabra de perdón. Poco después llegó el médico. Tras prolijo examen anunció que la pierna estaba salvada.

El corazón de la madre latió al influjo de una felicidad nueva. Bebé la miró amorosamente:

— ¡No te lo decía yo, mamá!



¡Respetad los nidos!

Los pájaros construyen con gran habilidad sus nidos, en los que depositan sus huevecillos, de donde saldrán los pichoncitos.

Todos los niños saben cómo los pájaros construyen su casita, esto es, sus nidos, que pro-

curan sean lo más blanditos y abrigaditos para sus hijitos, dándonos con ello una prueba de gran amor para su prole.

¡Cuánta rebusca de los materiales con que han de fabricarlos, cuántos tiernos cuidados!

Y así los hilos de hierbecillas y de pajitas, la tierra y también el agua, sirven para tejer esa canastita que es el nido y suspenderla sobre los aleros de las casas o en lo más alto de la copa de los árboles.

Los instrumentos de que se sirven para fabricar la linda casita son: el pico, las uñas y hasta su pechito.

El padre y la madre van en busca de copitos de lana, que las ovejitas dejan en los cercos, de plumas, de hilos; pero todo eso no parece bastante a la amorosa madre, que arranca con el pico la delicada pelusita que hace más blanda la camita.

¿No es pues, una crueldad destruir los nidos y arrancar a los pichoncitos al cariño de un padre y de una madre, como hacen tantos muchachos malos?

En una de las hermosas calles de Belgrano existe una antigua casa de señorial aspecto. La circunda un jardín que cuenta con árboles añosos y copudos. Hace algún tiempo, el dueño de casa quiso vender una parte del terreno. Pero para poder separarlo de la casa, había que derribar un viejo árbol en cuya copa se albergaba un nido desde tiempo inmemorial. El señor Balaguer — que así se llama el humanitario hombre — pensó que era una crueldad destruir aquella graciosa casita de los pájaros que durante muchos años habían alegrado con sus cantos su morada. Y desistió de su propósito de venta.

— Muchacho — parecía decir cierto día un pájaro, — no toques, te ruego, mi nido, y no mires dentro de él, porque mis pequeños tendrían miedo y se pondrían a piar lastimosamente.

El muchacho deseaba mucho mirar el nido, pero no queriendo hacer sufrir a los pequeñuelos y a su mamá, se retiró, despacio, despacio, de aquel lugar.

Entonces el pobre pájaro fué a posarse sobre el nido, cubrió con sus alas a los chiquitines y, mirando amorosamente al jovencito, se puso a gorjear, como para decirle:

— Gracias, por no haber hecho ningún daño a mis pequeñuelos. Si encuentras algún nido de pájaros, no lo destruyas, ni mires dentro de él.

CONSEJO

No hables mal de los otros si no quieres que hablen mal de tí.

La severidad de Pepito

Coca, Chichita, Perico, Lili y Pepito juegan a la escuela.

Por turno, estos niños actúan como maestros. El día en que fué llamado Pepito a llenar tan noble misión, el niño dictó a sus amiguitos una linda poesía que se refería a la esperanza.

— Señor maestro — dijo en cierto momento Chichita: — si no dicta un poco más despacio me quedaré atrás y no podré escribir.

— Peor para usted — respondió ásperamente el improvisado maestro. Y continuó dictando con rapidez, como antes, la segunda estrofa, que decía así:

“ Mágico nombre que el mortal adora.

“ Sueño feliz de encanto y de ilusión.

“ Tú, cuya luz al porvenir colora,

“ Tú, cuyo aroma embriaga el corazón.”

— Pasen a entregarme sus cuadernos — dijo Pepito cuando terminó la poesía.

Cada niño dejó su cuaderno sobre la mesita del maestro, a excepción de Chichita, que ni siquiera se movió.

— ¿Y usted, niña Chichita? — preguntó Pepito.

— Ya le he dicho — respondió Chichita — que quedé atrás, y no he escrito más.

— ¡Muy bien! — replicó Pepito. — Le pondré un cero en aplicación y otro en conducta.

Pocos días después el maestro de Pepito pidió a los niños de su clase que prepararan los cuadernos porque iba a dictarles una lección.

Comenzado el dictado, Pepito no podía escribir bastante ligero, y continuamente preguntaba a sus compañeros:

— ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Y escribía lo mejor que podía las palabras del maestro que sus condiscípulos le repetían. Pero llegó un momento en que sus compañeros no quisieron que se les molestara y no le contestaron. Entonces Pepito se quedó atrás, emborronó dos o tres frases llenas de disparates y, desesperado, dejó de escribir.

Cuando el maestro se dió cuenta de que Pepito no había escrito ni media página de dictado, lo amonestó y le puso un cero. Pepito quedó muy mortificado. Se acordó de los dos ceros que le puso, jugando, a Chichita, y tuvo que reconocer que tenía más habilidad para juzgar y ser injusto que para hacer bien su deber.

LA HORMIGA, LA PALOMA Y EL CAZADOR

Hubiérase ahogado cierta hormiga que cayó en una laguna, si una caritativa paloma no le hubiese alargado, desde el árbol en que se hallaba, una pequeña rama, en la cual pudo salvarse.

Llegó en esto un cazador y dispuso su arco para disparar contra la paloma; pero, observando el gesto la hormiga y considerando el peligro que corría su bienhechora, apretó el paso, adelantándose, y dando al cazador un fuerte picotazo en el pie, le hizo volver la cara y soltar la flecha. Al ruido que hizo ésta al caer, advirtió a la paloma y se echó a volar.

Esopo.

¡Cuidado!



La clase ha terminado. Los niños salen de la escuela apresuradamente: semejan una bandada de gorriones huyendo de la jaula.

Nada habría que decir si fueran todos alegres y dicharacheros, porque la vivacidad es natural en los niños; pero el mal está en que muchos de ellos dan pruebas de mala educación y descortesía. Se tiran con li-

bro y carteras, se empujan y vociferan de un modo que contrista el ánimo del que acierta a pasar en aquel momento junto a ellos. No ha mucho se oyó decir a un señor que los observaba: “¿Es esta la educación que reciben en la escuela?” Y de esta manera se piensa mal del maestro, injustamente, porque él no tiene culpa.

Días pasados, el padre de Perico le vió salir de la escuela y fué en su seguimiento, sin que el niño se diera cuenta. A poco de andar, su hijo con un grupo de camaradas se detuvieron frente a un hermoso edificio, cuya construcción recién había terminado, después de más de un año de paciente trabajo. Ya le habían quitado todos los andamiajes y estaba en condiciones de ser habitado.

¡Daba gusto contemplarlo con sus blancas paredes, con

sus persianas pintadas de un verde muy oscuro y su gran puerta de entrada! Los niños no se contentaron con mirarlo: uno de ellos sacó un lápiz de color y siguiendo la fea costumbre de embadurnar las paredes, puertas y cuanto encontraba a mano, empezó a trazar garabatos sobre los blancos muros. Perico no quiso ser menos, y, abriendo su cartera, buscó en la cajita la tiza con la que dibujó varias figuras ridículas sobre la flamante puerta de calle. Otro compañero también quiso ser de la partida de embadurnadores de muros y puertas, y con una carbonilla que usaba en clase de dibujo, afeó la misma pared en que su condiscípulo dejaba las huellas de su lápiz azul.

El padre de Perico, muy disgustado por cuanto había visto, llegó a su casa antes que el hijo. Verlo llegar minutos después y amonestarlo severamente, fué todo uno.

— ¡Nunca creí que tenía un hijo pillete! — terminó diciendo, muy enojado, el buen señor.

— ¡Papá! — exclamó Perico herido en lo más hondo por aquel calificativo.

— No protestes; y ahora, sin pérdida de tiempo vas a limpiar prolijamente la puerta, que ha quedado impresentable, gracias a tus manos. ¡Cuidado!... No quiero que pertenezcas a ese grupo de pilluelos que algunas veces no respetan ni las paredes de la escuela. Esto, además de demostrar sentimientos vulgares, dice bien claro que no aman la casa donde se congregan diariamente para ser instruídos y donde encuentran una segunda familia, añadió el padre.

El niño nada respondió: bajó la cabeza y dos lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras dejaba su cartera sobre una silla y se preparaba a cumplir la orden impartida por el autor de sus días.

CARICIA

Madre, madre, tú me besas;
pero, yo te beso más.
Como el agua en los cristales
son mis besos en tu faz.

Te he besado tanto, tanto,
que de mí cubierta estás
y el enjambre de mis besos
no te deja ya mirar...

Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear.
Cuando tú al hijito escondes
no se le oye el respirar...

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en los ojos copias
a tu niño y nada más.

Los ojitos que me diste
yo los tengo que gastar
en seguirte por los valles
por el cielo y por el mar...

Gabriela Mistral.

Los dos paraguas

Dos paraguas se encontraron solos en un rincón del vestíbulo de un gran establecimiento comercial.

Eran dos paraguas completamente diferentes: uno grande, cubierto por una gruesa tela, con mango de madera ordinaria de color amarillo. El otro era pequeño y revestido de fina tela de seda; su mango de marfil lucía incrustaciones de oro.

Los dos paraguas permanecieron largo tiempo en silencio. Después, el paraguas de seda comenzó a fastidiarse y, para iniciar la conversación, dió los buenos días a su ordinario compañero. Este quedó sorprendido de tanta gentileza y con gran placer contestó:

— Debes llevar una buena vida para conservarte tan lustroso, tan lindo y tan limpito.

— Sí — respondió el paraguas de seda, — no puedo lamentarme; trabajo poco, mi patroncita sale casi siempre en coche y no me lleva casi nunca.

— ¡Oh, a mí, en cambio, el trabajo no me falta! Mi patrona me lleva dando vueltas por todas partes, ni bien asoma un nubarrón en el cielo. No me da un momento de respiro. ¡Y qué paseos hacemos! ¡Y qué fatigas soporto!... ¡Hay que verme soportando fuertes lluvias!... ¡Qué manera de caer agua sobre mí!

— Y, sin embargo, yo envidio tu suerte. Entre estar condenado a la ociosidad, pasándose muchos días en este rinconcito, sin ver jamás nada, sin conocer nada en el mundo...

— ¡Ah, pobrecito! — dijo el paraguas grande y ordinariote. — Te compadezco de veras. Yo he visto tanto cielo, tantas calles, tantos parques... No tengo tiempo para aburrirme. Mi patrona repite siempre a sus chicos que solamente quién trabaja no se aburre...

Poco después de haber pronunciado estas palabras, el paraguas grande y rústico debió recomenzar en seguida su trabajo, porque la campesina, su patrona, pasó por allí, lo tomó y se lo llevó.

El paraguas sólo tuvo tiempo para decir a su compañero:

— ¡Adiós! ¡Adiós!

Y un momento después era abierto para hacer sopor-tar la lluvia que caía de un cielo todo gris.

REQUIEBROS

Mi niño es una rosa,
mi niño es un clavel,
mi niño es un espejo,
su madre se ve en él.

A dormir va la rosa
de los rosales;
a dormir va mi niño
porque ya es tarde.

Eres como la avellana,
chiquita y llena de carne,
chiquita y apañadita,
como te quiere tu madre.

Mi niño se va a dormir
con los ojitos cerrados,
como duermen los jilgueros
encima de los tejados.

La voz de este niño mío
es la voz que yo más quiero,
parece de campanita
hecha a mano de platero.

Anónimas.

El moscón de oro

Un moscón, con sus alas relucientes, de matices dorados, decía cierto día a un pobre gusano:



— Yo tengo un espléndido manto verde que a la luz del sol parece de oro. Y tú tienes un vestido todo descolorido. Los de mi clase aparecen lindos y lustrosos como espejos, mientras que tú estás cubierto de horribles pelillos. Nosotros volamos con ligereza y tú te arrastras sobre la tierra.

El gusano no respondió y continuó su camino, como si nada le hubieran dicho. Cuando lo creyó conveniente, se detuvo y se procuró un lugarcito entre dos ramitas, y con su hilo comenzó a fabricar un capullo.

El moscón de oro, desde aquel momento no lo vió más, ni tuvo noticia alguna a su respecto.

— Se ha escondido, sin duda alguna, porque se avergüenza — dijo el moscón, — pero tiene una feísima vivienda.

Y volvió a volar satisfecho.

Transcurrieron varias semanas. El moscón que parecía de oro se dignó una mañana echar una ojeada al sitio en que el gusano había desaparecido el día en que le reprochaba su humilde aspecto, y sus ojos contemplaron una hermosa mariposa, cuyas alas blancas con manchas azules le sorprendieron gratamente. ¿Era dable creer en una transformación? Más admiraba a la bellí-

sima mariposa y más lo llenaba de asombro el cambio experimentado.

Cuando el moscón de oro se hallaba más arrobado contemplándola, la mariposa voló con delicadeza suma sobre las rosas y luego se posó en el cáliz de la más bella, que se encontraba precisamente en un lugar próximo al moscón.

Con una voz muy suavcita, semejante a un ligero suspiro, la mariposa habló así:

— Yo soy el pobre y despreciable gusano que a tí dió tanto que hablar un día. ¿Qué te parece?

El moscón de oro tuvo que inclinarse, como si se hallase delante de una reina. La rabia lo dominaba. Nunca hubiera podido suponer que debía llegar el momento de arrepentirse por el desprecio que exteriorizó a un miserable gusano que consideraba muy inferior a él. La misma voz suave volvió a hacerse oír, arrancándolo de sus abstracciones:

— ¿Qué te parece? ¿Merezco ahora tu aprecio?

— Sí, todo mi aprecio — respondió el moscón, inclinandose nuevamente. — Te pido olvides mis palabras anteriores que debieron humillarte, sin duda. Y ahora que vales más que yo, sé generosa con quien no supo serlo contigo...

La blanca mariposa, por toda respuesta, revoloteó en torno al moscón, salpicándole de un tenue polvillo, como dando una parte de sí misma en un amplio perdón.

CONSEJO

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Presuntuoso humillado

¿Sabes cómo se llama esa cosa que ha puesto las hojas como si estuvieran quemadas? — preguntó una mañana Adolfo a Vicente, señalando cierta cosita blanca que cubría los árboles de una quinta vecina.

— Sí, escarcha — respondió Vicente.

Adolfo quedó un poco abochornado. Esperaba que su hermanito le dijese que aquello era nieve, porque en ese caso él hubiera podido repetirle la pequeña lección que le fué dada el día antes; habría podido decirle que la escarcha no es más que el rocío congelado, mientras que la nieve cae como la lluvia, y está formada por estrellitas ligeras de hielo.

La pronta respuesta de Vicente asombró mucho a Adolfo, el cual no pudo menos de exclamar:

— ¡Ah!, ¿lo sabes tú también?

— Ciertamente — contestóle Vicente, — y sé igualmente que la escarcha es dañosa en especial a la flor de durazno y del almendro, porque estas plantas son las primeras en dar flores antes que llegue la primavera. Si la escarcha cae en los meses de septiembre y de octubre, entonces daña a flores, hojas y gemas de otros árboles frutales.

Adolfo comprendió que en esa materia su hermanito sabía mucho más que él e interrumpió su conversación para no demostrar su ignorancia al respecto. — ¡Ay Adolfo, Adolfo! — solía exclamar su madre cuando lo sorprendía en esas charlas en que era evidente su deseo de aparecer como un señorito que todo lo sabe y mostrarle

a Vicentito su inferioridad en ciertos conocimientos elementales.

Un momento después del diálogo que antecede, Adolfo fué a ver a su abuelo y le dijo:

— ¿Es verdad que la escarcha daña a los frutos?

— Claro que sí, sobre todo en primavera.

— Es aquello que ha dicho Vicente — pensó para sus adentros Adolfo. Luego, en voz alta, formuló otra pregunta:

— ¿También el rocío perjudica a las plantas?

— No, no — contestó el abuelo. — Al contrario, les proporciona una humedad que les es necesaria. ¿Y sabes — continuó después el anciano, — sabes tú cómo se llaman el rocío, la escarcha, las nubes, la lluvia y el granizo?

— Lo sabía, pero ya no me acuerdo — respondió Adolfo a manera de disculpa.

— Muy bonito, ¿no? — le dijo el abuelo. — ¿Sabes lo que escribió sobre este particular un gran poeta que vivió hace siglos? Te lo repito hoy para que le comprendas bien. Escribió que quien entiende las cosas y no las retiene, no puede decir que las sabe. Es tu caso, Adolfo mío, ¿no es cierto?

El niño quedó mortificado. Cuentan que desde aquel día renunció al vanidoso deseo de aparentar saber lo que en realidad ignoraba.

MÁXIMA

Hombre con pereza es como reloj sin cuerda.

Una hija modelo

Mi madre me pregunta si aproveché bien el día en la escuela, y yo, después de besarla, le muestro mis cuadernos y mi libro; le hablo de las cosas lindas que aprendí, y ella sonrío satisfecha.

Mi madre ha puesto en mis manos una larga aguja de tejer, y yo he prometido saber manejarla pronto y hacer una labor para papá.

Mi madre me repite siempre que no sea holgazana: la mejor enseñanza — dice — la tengo en el ejemplo que me da mi padre.

En las largas veladas de invierno papá está allí siempre frente a su escritorio, repasando las planillas llenas de números, que trae todos los días de la oficina. Yo odio esos números que le dan tanto trabajo a mi padre. La lámpara eléctrica ilumina una parte de su cara y sus manos; yo y mi buena mamá, lo miramos de vez en cuando desde el cuarto vecino.

Yo, mientras tanto, hago mis deberes para la escuela o leo ciertos tesoros de libritos, recomendados por mi



querida maestra, libros que despiertan lo lindo y lo bueno en mi inteligencia y en mi corazoncito. Alguna vez mi padre da vuelta la cabeza y nos mira, nos sonríe, pide con cariño que vayamos a descansar y vuelve a su tarea. Nosotras respondemos a su mirada y a su sonrisa y más contentas seguimos, yo, mi lectura, y mamá, su trabajo de aguja.

Una noche, recuerdo que interrumpí el silencio para preguntar:

—Mamá, ¿por qué papá trabaja tanto y no se cansa nunca?

—Para sustentarnos y preparar tu porvenir.

Sentí que los ojos se llenaban de lágrimas, y me abracé a mi madre.

Estoy aprendiendo con ese santo ejemplo a conocer lo que vale el trabajo.

Mi madre me hace preguntar si terminé de arreglar mi cuartito. Como no sé mentir, le contesto que no. Me demoré hoy más de lo debido, porque quiero terminar pronto unos guantes que estoy tejiendo para papá.

Quiero mucho a mi mamá y a mi papá, y me portaré tan bien, siempre, que estarán contentos de mí. Y cuando vea retratadas en sus caras, muy queridas, la amargura o la tristeza, iré corriendo a besarlos y a abrazarlos, y decirles que siendo yo buena deben sonreír a la vida.

CONSEJO

Después de cada acto tuyo, pregúntate:

¿Estoy contento de lo que hice?

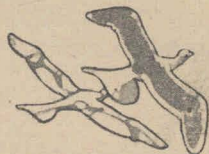
¿Me gustaría que todos lo supieran?



Monólogo de aves



La paloma mensajera.—Yo soy el palomo viajero, el veloz cartero del aire. Sacadme del palomar, encerradme en una cestita, transportadme a cien, doscientos, trescientos kilómetros del nido, atad a una de mis patas un anillo liviano, poned junto a él, bien atada, una cartita, y después dadme la libertad. Entonces me veréis remontar mi vuelo, girar en torno mío algunos instantes para buscar la dirección que debo seguir, después lanzarme hacia aquel punto del horizonte donde está situado el pueblo lejano al cual me habéis destinado.



¿Veo de lejos el palomar? De ninguna manera; la distancia es grande. No la vería ni si me remontase a una altura doble o triple. No me guían los ojos, pero sí el instinto. Y en pocas horas de rapidísimo vuelo atravieso un pueblo que no he visto jamás, que no conozco, y retorno con mi mensaje al palomar de donde partí.

El pájaro mosca.—Vivo en lejanos países y soy muy chiquito. Mi nido es como una cáscara de nuez, y los huevitos, como una arveja. Tengo plumas de colores lindos. No puedo vivir en una jaula; tengo necesidad de libertad.

El gorrión.—De todos los pájaros yo soy el más astuto y más precavido; no es fácil prenderme con lacitos y con redes. Tengo mi nido debajo de las tejas en los te-

chos o sobre los árboles y todo el día me divierto en chillar, en cantar y en hurguetear con las patas y con el pico todos los sembrados. En la primavera también me dedico a cazar insectos y engullo cada día alrededor de un centenar.

Los agricultores y jardineros me detestan por el daño que les hago.

El abadejo o reyezuelo.—Habito en Europa, Asia y América Septentrional. Soy chiquito, y sin embargo, cada año destruyo un millón de insectos nocivos a los campos. Como la golondrina, gusto de la primavera. Soy de naturaleza vivaz, alegre, siempre en movimiento, y juego siempre con mis compañeros. Ora sacudo la cola, ora las alitas, salto de ramita en ramita, de hoja en hoja, me adhiero al tronco de los árboles, me poso sobre las flores ágil y ligero como una mariposa. Mi silbido es flébil y quejoso y creo que por eso en Italia me llaman *il lui*.

La alondra.—Yo también soy pequeña. En España constituyo una numerosa familia. Soy muy conocida y se me quiere. Mi canto es muy suave y muy triste. En América se me conoce con el nombre de calandria y un poeta argentino me ha cantado en sus versos.

El águila.—De los pájaros soy la reina, vivo entre nubes y abismos; mis ojos están siempre fijos hacia el lado donde ha de aparecer el sol. Y mis alas que no conocen el miedo, que no están hechas para altos vuelos, yo las bendigo cuando a elevada altura me conducen, y desde allí, sola en el espacio infinito, miro soberbia debajo de mí al mundo que se agita en afanes cotidianos.

Una función maravillosa

—¿Qué pensaríais vosotros — dijo el maestro, cierto día, — si uno de esos hombres que entretiene al público con lo que se ha dado en llamar “juegos mala-
bares”, os dijera: “Niños, ¿veis este plato de sopa, este bife y esta manzana? Bien, estad atentos, porque yo me propongo convertirlo todo en carne humana, ¿oís?”



Seguramente, diríais vosotros: “Este es un habilísimo jugador que, gracias a su destreza, coloca debajo de la mesa toda esa comida y la substituye por un pedazo de carne fresca que tiene escondido en algún bolsillo o en otra parte del saco.”

Y bien, es probable que no habría razón para pensar así.

Nosotros, niños, y todos los seres de la creación, racionales o irracionales, hacemos todos los días, y más de una vez al día, un jueguito semejante; con la diferencia que de ese milagro de transformación no podemos tener ningún mérito, porque todo se realiza dentro de nosotros por medio de una máquina maravillosa.

Atentos: Tomo un pedacito de pan y lo llevo a la boca. Al masticarlo y triturarlo con diez y seis dientes que golpean a los otros diez y seis, pongo en movimiento una de las mandíbulas. Al mismo tiempo que trituro, sale de las paredes de la boca la saliva que, humedeciendo el pan durante el trabajo de la masticación, permite a la lengua recogerlo, empastarlo, hacer una linda bolita pronta a descender a ese tubo largo que los hombres de ciencia llaman *esófago*. Antes de pasar a ese canal, se encuentra otro que sirve solamente para el aire y que se denomina laringe. Mientras el bocado se pone en camino, el canal del aire se cierra y lo deja caer libremente en el otro tubo, el cual, alargándose para recibirlo o comprimiéndolo para dejarlo caer, lo conduce al estómago. El estómago es una especie de bolsa muy elástica, que se hace grande o chica, según esté llena o vacía. Allí se efectúa la más importante de las operaciones. Cierta líquida que segregan las paredes del estómago, llamado *jugo gástrico*; cierto movimiento de derecha a izquierda y de izquierda a derecha que realiza el estómago, contrayéndose; en fin, el calor que encuentra allá dentro, convierte mi bocado de pan en una materia gris y casi líquida llamada *quimo*. Del estómago, ese pancito debe prepararse a otro viaje y entrar por un agujerito, bautizado con el nombre de *píloro*. Si en el estómago se introdujo lo que no se debía, y si el estómago no cumple bien su labor, el *píloro* no se abre, o si se abre, es con mucho dolor.

Advierto a los señores y a las señoritas que, por voracidad, dan mucho que hacer al estómago, o que, por poco juicio, ingieren los carozos de algunas frutas como si fue-

ran confites, la conveniencia de ser más cuidadosos.

Mi bocado de pan, en tanto, está irreconocible, pasa del píloro al intestino, largo en el hombre nada menos que siete veces su estatura. El intestino agrega al quimo otros jugos, y lo transforma luego en un líquido gelatinoso llamado quilo. La parte mejor del quilo, apta para la nutrición, es absorbida por miles y miles de boquitas que se abren en la parte interna del intestino y se convierte en sangre y carne. La parte que está demás es arrojada fuera por el intestino.

La digestión ha terminado.

LA CUNITA

La cuna de mi hijo
se mece sola,
como en el campo verde
las amapolas.

Este niño pequeño
no tiene cuna,
su padre es carpintero
y le hará una.

En la cuna bonita
mi niño duerme;
dulces le dará un ángel
cuando despierte.

Duerme, vida mía,
duerme sin pena;
porque al pie de la cuna
tu madre vela.

Pajarito que cantas
en la laguna,
no despiertes al niño
que está en la cuna.

Estrellitas del cielo,
rayos de luna,
alumbrad a mi niño
que está en la cuna.

Anónima.



La madrecita

En mi trato con niñas, he tenido la suerte de conocer recientemente a una rubiecita de doce años de edad que es un modelo de paciencia, de amor activo y de trabajo.

Esta niñita ha tenido la desgracia de perder a su padre; su madre trabaja en el taller desde por la mañana, y no tiene tiempo de cuidar de ella, de un niño de cuatro años y del cuartito que les sirve de vivienda. Pero su pequeña hija, que viene a ser en medio de su infortunio como una bendición del cielo, ha comprendido que debía a su madre la más eficaz ayuda, y le ha dicho:

— Mamita mía querida: no te aflijas por mí y por mi hermanito. Vé tranquila al trabajo, y mientras tú ganas para darnos el pan, yo cuidaré de mi hermanito, de mí y de nuestro cuartito. Vé tranquila que, con estas manitas, con éstas que tú has hecho útiles para el trabajo, yo prepararé tu comida y la de todos nosotros... ¿Estás contenta ahora, mamita?

La madre nada responde. Abraza contra su corazón a aquel ángel de bondad que es su rubiecita hija, y deja correr el llanto sobre sus mejillas, que cae como rocío

bienhechor sobre la cabecita adorada. Besa luego a su hijito, y alentada por el amor a sus criaturas, a quienes nada ha de faltarles, va serena al taller.

Entonces se contempla un espectáculo conmovedor. La niña toma en sus brazos a su hermanito, lo cubre de besos, lo viste, y luego sentándolo en una sillita le da un trozo de pan para saciar su hambre. En seguida enciende fuego en el humilde brasero para calentar un poco de leche para el nene.

Después toma una vieja escoba y sin cansarse barre aquí y allá, y canta, canta para alegrar su soledad y la de su hermanito.

Ella no tiene una ventana que abrir para que entre el sol que lleva siempre la alegría a una habitación, pero, en cambio, allí está su corazoncito de hija abnegada y de "madrecita" amante, que brilla por su sola acción como el más hermoso sol.

— Vamos estropajo — dice la niña, — limpia bien todo el polvo, quitémoslo todo, porque he aprendido en la escuela que contiene muchos microbios. No te canses, estropajito mío, no te canses. ¡Cuando vuelva mamá encontrará todo limpio y se pondrá tan contenta, tan contenta!...

Luego la "madrecita" saca del cajón unas monedas y se va al mercado, no sin confiar antes a su hermanito al cuidado de una vecina. Y vuelve de las compras y prepara el almuerzo, lo mismo como hacía su mamá en vida del padre.

Y con una seriedad conmovedora en aquel que la observa, la "madrecita" alinea los sencillos platos sobre la única mesa, sin olvidar detalle alguno.

Cuando la madre regresa del trabajo ve que todo está en orden y limpio, y dice emocionada, paseando la vista por todas partes: “¡Cuartito, cuartito de oro, y tú, niña mía, sonrisa de mi vida!”

¿No es éste un hermoso ejemplo de hija y de madre-cita?

EL AHORRO

Aquel humilde granito
que nuestra mano regó
se ha convertido en el árbol
que flor y sombra nos dió.

El vellón y la pajita
que el viento raudo llevó,
en el árbol son un nido
lleno de suave calor.

Mirad cómo la natura
nos manda en cada estación,
escondida en la semilla,
su más hermosa lección.

La fortuna es como el árbol,
la pajita y el vellón.
Guardemos los centavitos
y tendremos un millón.

Ofelia T. B. Pujol.

El niño enfermo

Una mañana, el maestro de tercer grado, apenas entró en el salón de clase habló así a sus discípulos:

—He sabido que vuestro compañero Armando está enfermo y que su mal



es un poco grave. No puedo decirlos cuánto me disgusta su estado que priva a la escuela de un buen alumno, estudioso e inteligente. El pobrecito se lamenta no tanto por el mal que lo aflige, como por tener que perder las lecciones. ¡Dichoso aquel que posee el bien inestimable de la salud! Esta, tenedlo bien presente, es la condición primera e indispensable de todo nuestro progreso, de gran parte de nuestra felicidad; y solamente cuando se ha perdido se aprecia su valor. En efecto, ¿cómo podría aplicarse con utilidad al estudio y al trabajo un jovencito que no tuviese la salud del cuerpo? ¿Cómo podría ser de provecho para sí y para los otros si faltase la energía en la acción, que proviene a menude del vigor del organismo?

Sin la salud todo otro bien pierde su valor — continuó diciendo el maestro. — Y quien no practica los cuidados para conservarla, falta a su más estricto deber. El cuerpo se hace ágil, fuerte y robusto, alejando todas las causas que perturban su equilibrio; por eso hay que hacer un uso regular de los alimentos sanos y de las bebidas higiénicas; cuidar mucho la limpieza del cuerpo, de

los vestidos y de las habitaciones y vigorizarlo en el trabajo y la fatiga moderada y con todos los otros ejercicios que tanto aumentan el bienestar, tales como la gimnasia, la natación, la esgrima, el baile, la equitación. Si ponéis en práctica, niños míos, estas útiles advertencias, si no abusáis de los alimentos y de las bebidas, como demasiado lo hace mucha gente, que en esa forma se acorta la vida; si conseguís vencer la viciosa tendencia a la glotonería, origen de tantos males, no os podrá faltar esa salud que hoy no tiene Armando, y que yo deseo pueda recobrar muy pronto.

Los niños escucharon atentos las sabias exhortaciones del maestro. Al finalizar las clases, Luisito dijo a Jorgito:

— ¿Vamos a visitar a Armando? //

— Con mucho gusto — respondió Jorgito, — pero antes tenemos que pedir permiso.

— ¿No podríamos ir lo mismo? ¡Es para visitar a un enfermo!

— Pero se está más seguro de hacer bien cuando están contentos todos los de casa. Después, si tardamos sin hacer saber el porqué, nuestros padres pensarán mal.

Luisito aceptó las indicaciones de su camarada y fueron a pedir permiso y, una vez obtenido, se dirigieron a la casita de Armando. Llegados a la puerta de entrada, golpearon. Les abrió una señora bajita, enjuta, llorosa.

Los dos niños quedaron como atemorizados y no dijeron más que:

— Buenas tardes.

— Muy buenas, queridos niños — contestó la buena mujer. — ¿Son ustedes compañeros de mi Armandito?

— Sí; y hemos venido a verlo y a saber cómo está.

— ¡Oh, pasen, pasen adelante! Armandito no está bien, tiene mucha fiebre. Vengan. Los verá con mucho gusto.

Los dos niños siguieron a la señora por un corredor obscuro y húmedo.

— Armandito — dijo la madre, abriendo los postigos de una pequeña ventana, — aquí están dos de tus compañeros que quieren saludarte. ¿Ves qué buenos son?

Enfermo y visitantes se miraron entonces con unas de esas miradas que expresan toda la bondad del corazón.

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA

Convidó una zorra a cenar a una cigüeña, y para burlarse de ella, la sirvió por todo alimento un poco de caldo en una fuente plana, de manera que la cigüeña nada pudo tomar con el pico.

Transcurridos unos días convidó a su vez la cigüeña a la zorra y le presentó una redoma llena de jigote. La zorra nada comió, por no poder meter el hocico en el recipiente; pero la cigüeña, gracias a su largo y estrecho pico, trasladó el jigote a su estómago, con gran enfado de su convidada a quien dijo:

— Amiguita, tú me hiciste ayunar, y hoy te pago con la misma moneda, pues a una burla se contesta con otra.

Esopo.

Saúl, el fanfarrón



— ¡Chicos! ¡Chico...o...o...os! Vengan a ver cómo me peleo con Arturo — gritaba a voz en cuello Saúl, “el inglesito”, como le llamaban sus compañeros por su cabellera rubia.

— ¿Qué te hizo? — indagaron varios a la vez.

— Nada; voy a pelearme con él porque dije que lo iba a hacer.

— Mira que esta vez puede irte mal, porque Arturo es más grande y más fuerte — argumentó el mayorcito y más reflexivo del grupo.

— Por eso mismo me peleo, para probarle que, a pesar de la ventaja que me lleva, no le tengo miedo.

— A mí me parece que eres un fanfarrón y que estas bravuconadas pueden costarte muy caras.

— ¡Ajá! Conque me aconsejas la cobardía, ¿no?

— Te equivocas; no llames así a lo que sólo debe ser prudencia.

En el parque donde tenía lugar esta discusión, dos niños, cansados de correr, hablaban entre ellos, alejados un poco del grupo que formaban Saúl, Arturo y los niños que iban a presenciar la riña.

Uno decía:

— ¡Pepe no sirve para nada! Cuando corremos se queda siempre atrás, y después se impacienta y se enoja.

El otro respondía:

— ¡Sí, Pepe no sirve para nada!

Este brevísimo diálogo llegó a oídos de Arturo, quien, separándose del grupo, se acercó a los niños y les dijo:

— Ustedes son unos mal educados porque hablan mal de un compañero que está ausente y no puede responder.

— ¿Qué te importa? — exclamó el más grande de los dos, enfadado.

Todas las miradas estuvieron fijas en Arturo, temiendo una arremetida contra aquel que tan poco amablemente lo trataba. ¡Ahora sí habría pelea de veras!

— Pepe es mi hermano — respondió con sencillez, pero con firmeza, Arturo; — quien habla mal de él, habla mal de mí.

Los dos chicos se abochornaron y no agregaron una palabra más. También ellos eran hermanos y se sentían unidos como si fueran una sola persona. Confusos y contrariados, se alejaron, no sin antes decir a Arturo:

— ¡Disculpa!

Este los vió marcharse y tuvo un momento de indecisión: ¿Los seguiría para prevenirles que no incurrieran otra vez en esa falta, o volvería al sitio donde lo aguardaba su desafiante? Pudo más la idea de no aparecer como abandonando el terreno. No obstante, reconociendo las inmejorables condiciones en que se hallaba con respecto a su adversario, procuró hacerlo desistir.

— Oye, Saúl: Tú no me has ofendido, eres un buen chico y no tienes más defecto que tus bravuconadas. ¿Para qué quieres que peleemos?

— Por gusto.

— Mira que te costará caro. Tu padre intervendrá luego y te dará un buen castigo.

— ¿Te importa?...

Y así diciendo, Saúl dió a su contrincante la primera trompada. El espectáculo que daban esos niños era bien triste. Al final, Saúl, con un ojo en compota, dos rasguños en la sien derecha, el cabello en desorden, la corbata torcida y la camisa desgarrada, decía apretando los puños:

— Tuve una pelea porque dije que lo iba a hacer.

SOLILOQUIO DEL ESCOLAR

¿He dejado de hacer alguna de las diez cosas siguientes antes de ir a la escuela?

1º. — Levantarme con la anticipación debida para ejecutar lo que tengo que hacer sin violencia ni agitaciones.

2º. — Bañarme.

3º. — Peinarme cuidadosamente.

4º. — Limpiarme los dientes.

5º. — Limpiarme las uñas.

6º. — Tomar el desayuno con calma y

7º. — Enjuagarme la boca.

8º. — Ponerme en el bolsillo un pañuelo planchado.

9º. — Ponerme el delantal (o guardapolvo).

10º. — Caminar sin prisa y en correcta actitud la distancia que me separa de la escuela.

No, todo ha sido ejecutado puntualmente; ¡qué hermosas van a parecerme hoy las horas de clase!..

El primer día de escuela



El patio de la escuela estaba lleno de niñas que discutían y chillaban.

Era una algazara que ensordecía por momentos.

De pronto apareció la directora. Como por encanto, el barullo disminuyó, y poco a poco cesó. La presencia de la señora directora realizaba siempre prodigios. Ella, con su voz grave y fuerte, dijo:

— ¡Alumnas de sexto, en fila!

De todas partes del gran patio de la escuela se vieron llegar las niñas de la clase precitada, reunirse y ordenarse.

A una señal de la directora, la fila se puso en marcha, precedida por una maestra.

— ¡Alumnas de quinto! — volvió a llamar la misma voz.

Otras niñas corrieron hacia la dirección, y formaron una fila ordenada.

Del mismo modo fueron llamadas las alumnas de cuarto, tercero y de segundo grado.

Cuando quedaron solamente las de primer grado, la directora vió a las niñitas que iban a iniciarse en las tareas escolares acompañadas todas de sus mamás. Aquí y allá había una que otra niña llorando.

— ¡Pobrecitas nenas! No quieren quedarse en la escuela — pensó la directora.

Se aproximó a la más chiquita, que se había prendido de las faldas de su mamá, y la acarició. La niña la miró a través de sus lágrimas, temerosa, después sonrió.

— Así me gusta, nena, que sonrías. Verás, verás qué linda es la escuela — díjole la directora con tono afectuoso.

Las otras niñitas, al oír aquella voz, cesaron en sus llantos y, poco a poco, se calmaron.

— Ahora besen a sus mamás, y vengan todas conmigo.

Lentamente las nuevas escolarcitas fueron dejando a sus mamás y formaron ellas también una fila. Una maestra las acompañó solícita a la clase, seguidas por las amorosas miradas de las madres, que sonreían complacidas.

En una escuela de varones, el espectáculo que ofrece el primer día de clase es más o menos el mismo.

El portero acababa de tocar la campana para el primer recreo, cuando se presentó en la escuela un niño de diez años, de rostro franco y mirar inteligente.

— Disculpe — dijo; — ¿podría saludar al maestro de cuarto grado?

— Pase, pase — respondió el portero.

Nuestro jovencito se dirigió a dicha clase, y se presentó al maestro, sombrero en mano.

— Señor, he venido a saludarlo, a agradecerle cuánto hizo por mí y despedirme, porque mañana partiré con mis padres.

— ¡Oh, Robertito! — exclamó el maestro. — ¿Te vas, pues? Lo siento mucho, porque ya no te veré más.

— Yo también, señor maestro, siento mucho, pero por otra parte, estoy contento porque mis padres lo están. Ellos han nacido en Corrientes, y se sienten felices en volver allá.

— Bien, ¿tú querrás despedirte de tus compañeros del año pasado?

— Si me lo permite, señor, tendría un gran gusto.

El maestro acompañó a Roberto a la otra clase.

— ¡Oh, Eguía! — exclamaron treinta y cinco voces al verlo. Y después, todos sus compañeros lo rodearon haciéndole mil preguntas.

Terminado el recreo, Robertito se despidió. Su emoción era visible.

— Acordáos alguna vez de mí. Adiós a todos.

— ¡Adiós! — gritaron todos. — Escríbenos cuando llegues allá; cuéntanos lo que hay de lindo en Corrientes, y también si hay escuela donde se enseña la aritmética y la historia — dijo el mayor de todos y el más atrasado en dichas materias.

— Sí, sí. Os escribiré. ¡Adiós! — contestó Robertito.

BUENAS COMPAÑIAS

De un ramillete de lindas flores
Una camelia Luisa sacó,
Y sorprendida de sus olores,
La buena niña le preguntó:

— Siendo inodora, ¿cómo adquiriste
Esos aromas de pura miel?
La flor le dijo: — ¿Pues no lo viste?
Estando al lado de este clavel.

X.



Los melocotones

(*Proverbio ruso*)

Tres hermanitos, Germán, Atilio y Jorge, al regresar un día de la escuela, después de los agasajos del padre y de las caricias de la madre, recibieron como merienda unos melocotones maduros, de hermoso aspecto.

Los niños, que vivían a corta distancia de la plaza del pueblo, se marcharon a ella presurosos y contentos, con su merienda en la mano. Todos los días, después de terminada la labor escolar, del retorno a su hogar y de ser objeto de las caricias de sus padres, dejaban sus carteras y se dirigían a la plaza donde, con otros chicos, se entregaban a diversos juegos.

Al comenzar la noche regresaron aquella vez a su tranquilo y risueño hogar, cantando y riendo de continuo. Si la fruta ofrendada por sus padres habíales parecido deliciosa por lo dulce, no era para ellos menos agradable el juego con que se habían entretenido durante dos horas consecutivas. Sentíanse, pues, con ese doble motivo, contentos y felices.

— ¡Os gustó la fruta? — les preguntó el padre al regreso?

— ¡Qué rica estaba, papá! — contestó Germán, dando visibles muestras de satisfacción. — He sembrado en el

jardín el hueso del melocotón, para poder comer de esa misma fruta dentro de algunos años. — Hiciste bien — dijo el padre. — Tú, hijo mío, serás buen jardinero.

— Papá — manifestó a su turno Atilio, — mi melocotón, que era uno de los más grandes y más lindos de los tres, despertó el deseo de comerlo a mi amiguito Norberto, y, como quiso comprármelo, yo se lo vendí.

— Bien, hijito, no puedo menos de observar con complacencia que tú harás un buen comerciante y obtendrás ganancias, no lo dudes.

— ¿Y tú? — preguntóle a Jorgito, que había permanecido hasta entonces silencioso y un tanto apartado del grupo que formaban sus hermanos, a quienes escuchaba con atención.

El niño se mantenía en actitud modesta, y al ser interrogado por su padre, lo miró sin responder. Todo hacía suponer que el niño tenía dificultad en expresarse: por el movimiento que hizo hacia adelante y por sus labiecitos que al moverse de un modo imperceptible, parecían balbucear una excusa.

— Cómo, ¡nada me dices! — exclamó el padre. Y tras breve pausa, prosiguió en un tono que hacía cada vez más cariñoso. — ¿Qué has hecho de tu fruta? ¿Era buena?...

— No lo sé, papá — contestó el niño en voz baja. — Antes de jugar con mis hermanos y otros amigos, fuíme a casa de Santiago, ese niño que tú sabes está enfermo, muy enfermo, desde hace tiempo. Al ver en mi mano el hermoso melocotón, lo contempló un largo rato en silencio; se lo ofrecí y él no quería aceptarlo, le rogué mucho para que lo tomase sin reparo, pero, todo fué inútil. En-

tonces se lo dejé sobre la cama, y él me dió un beso en la mano...

Abrazando a su pequeño hijo, que en forma tan noble se había conducido, exclamó gozoso el padre: — Bien hiciste, hijo mío. Tu ofrenda no quedará sin premio; Aquél que todo lo ve, te pagará a maravilla.

LA NIÑA BUENA

—Niña, se ve que eres buena;
niña, se ve que eres santa;
niña, se ve que eres limpia
como los chorros del agua.

¿A dónde vas tan ligera
y sola tan de mañana?
¡Como una rosa de Mayo
llevas de hermosa la cara!

—Voy a la fábrica aquella
que está al pie de la montaña,
aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.

Voy ligero, porque pronto
darán las tres campanadas,
y quiero estar en mi puesto
para no perder mi plaza.

Mantengo a tres hermanitos,
mi madre está enferma en cama;
mi padre, que era tan bueno,
hace un año que nos falta...

Me levanto muy temprano,
aun más temprano que el alba,
y ya me dejo a estas horas
arregladita mi casa...

—Anda con Dios, hija mía,
si hermosa tienes la cara,
¡más hermosa, niña buena,
debes de tener el alma!

Vicente Medina.

Los malos hábitos

Cuéntase que un sabio y anciano monje que había tenido bajo su dirección la educación de varias generaciones de niños, en una ciudad de Misiones, paseábase un día por un bosque, acompañado por uno de sus discípulos.

En varias ocasiones el buen monje había observado algunos malos hábitos de aquel niño, cuyo ingreso al colegio databa de poco tiempo.

— Hijo mío, — hábale dicho, — no debes interrumpir nunca al que habla, y en cambio debes responder pronto y cortésmente cuando seas interrogado. Tampoco está bien que comas con avidez, ni abuses de los dulces, porque te expones a una indigestión. No debes ser quisquilloso, ni infatuado, ni presumido, sino modesto, afable y buen amigo de tus compañeros. No toques nunca alfileres, agujas o cuchillos, porque son instrumentos peligrosos que pueden herirte.

El niño prometió enmendarse y durante algunos días puso un cuidado especial en vigilarse a sí mismo y no incurrir en las faltas que su director le había señalado. Pero, poco a poco, fué echando en olvido la amonesta-



ción recibida, y los malos hábitos, no desarraigados en él, volvieron a dominarlo. El monje, que no había abandonado su observación, pensó que una lección objetiva habría de ejercer mejor influencia que todas las advertencias y consejos.

Y eligió como momento propicio aquel paseo en el bosque, donde seres humildes habían de coadyuvar con él en la tarea que se había impuesto.

Llegados que hubieron frente a cuatro plantas, el monje se detuvo. Observó que la más pequeñita comenzaba a salir del suelo, la que le seguía acusaba un mayor crecimiento, la tercera tenía el tamaño de un arbusto y la cuarta era un árbol.

Señalando dichas plantas, díjole el monje a su discípulo.

— Arranca la primera.

El niño obedeció y pudo arrancarla muy fácilmente.

— Bien; ahora saca la segunda.

Hízolo así el niño; pero costóle algún trabajo.

— Es preciso arrancar también la tercera.

Con las dos manos, y haciendo un gran esfuerzo, el chico consiguió extraerla.

— Y la última, ¿no te sientes capaz de arrancarla? — preguntó bondadosamente el anciano a su discípulo.

Había crecido tanto y era tan grueso el tronco de aquel árbol, que el niño ni siquiera se atrevió a poner sus manos sobre él y dirigió a su maestro una mirada en la que se leía toda su impotencia.

Entonces el monje, díjole:

— He aquí, hijo mío, un ejemplo de lo que pueden nuestros hábitos y pasiones. Al principio, son fáciles

de arrancar de nosotros, pero si dejamos que ellos echen raíces en nuestra vida, llegarán a ser tan fuertes que no habrá poder alguno que pueda desarraigarlos. Velemos siempre sobre los primeros impulsos y sólo así conseguiremos dominarlos.

No hay por qué agregar que el niño comprendió muy bien la lección y se afanó, desde aquel día, en desechar los malos hábitos que habían tratado de enseñorearse de él.

EL CAZADOR Y EL PERRO

Tan viejo y cansado estaba ya un perro que toda la vida había servido satisfactoriamente a su amo en la caza que, habiendo cogido una liebre, debido a su mucha debilidad dejóla escapar.

Viendo esto el amo se enfadó y le dijo:

—¿Para qué te quiero, por qué te mantengo, si de nada sirves?

A lo que respondió el can:

—Señor, tengo ya muchos años, carezco de fuerzas y perdí mis dientes. Antes me alababas por lo mucho que valía, y hoy me reprendes porque para nada valgo. Recuerda lo de antes, y considera que ahora hago lo que puedo.

X.

CONSEJOS

Si quieres ser feliz, trabaja.

Usa lo que sabes para hacer el bien.

Noble enemigo



Apolo y Black eran dos hermosos ejemplares de la raza canina. El primero reunía cualidades de valor, de decisión, de arrojo y de inteligencia; en cuanto al segundo, era un perro de Terranova que, sobre todas sus buenas condiciones, sobresalía la de ser un excelente nadador. Estos perros pertenecían a dos familias extranjeras que habitaban en una ciudad africana bañada por el mar. Existían, entre ambas, relaciones de amistad muy cordiales. Al revés de ellas, sus respectivos perros se odiaban a tal punto que, cuando aquellas salían a la calle, tenían especial cuidado en no llevar al fiel compañero por temor de que al encontrarse uno frente al otro, se trabaran en una riña descomunal, que terminaba siempre con un número de mordiscos y de zarpazos que ambos se propinaban, a pesar de los llamados y de las intervenciones de sus patrones, que hacían cuanto podían por que cesara la pelea. Una vez apartados, era preciso llevarlos lejos, pues maltratados y deshechos como se encontraban, eran capaces de recomenzar la contienda. En una palabra: eran dos enemigos irreconciliables, dos enemigos que, si se les hubiera dejado tiempo suficiente, habrían concluído por inutilizarse o por ultimarse.

Aconteció un día que, al realizar una excursión por la playa, los dueños de Apolo y Black iban acompañados por los dos canes y, al avistarse, previeron inmediatamente que la riña era segura.

En efecto: verse y lanzarse uno sobre el otro, fué todo uno. Próximos al mar como se hallaban, los perros, en el calor de la refriega, olvidaron el peligro que corrían y que en balde sus dueños procuraban recordárselo llamándolos a gritos. Todo fué inútil, y sucedió lo que inevitablemente tenía que suceder. Cayeron al agua y con la caída terminó la reñida lucha de aquellos animales que tanto se odiaban. Black, que era un buen nadador, salió en seguida del agua y corrió a lamer las manos de su amo. En cambio, el pobrecillo Apolo, por más que lo intentó, no pudo llegar hasta la orilla y ya su patrón lo daba por muerto, pues comenzaba a dar señales de asfixia, cuando Black, que se hallaba observando la escena, con gran sorpresa de todos los asistentes, se lanzó al agua en dirección al sitio en que el infortunado Apolo perecía. Lo asió del cuello y rápidamente lo condujo a la playa. Fácil es imaginarse el asombro que la conducta del noble Black provocó, en todas las personas que allí había, al verlo llegar llevando en la boca al que hasta hacía pocos minutos era su más encarnizado enemigo.

Depositado sobre la arena, hubo necesidad de hacer a Apolo varias fricciones para volverlo de nuevo a la vida, pues parecía hallarse casi inanimado.

Desde aquel día, Black y Apolo son los mejores amigos del mundo. ¡Raro ejemplo que nos ofrecen esos dos animales de lo que puede el sentimiento de la gratitud que, en la vida humana, debe colocarse por encima de

todas las pequeñas pasiones que nos agitan!

Black y Apolo, que saben pagar el bien con el bien, ahora corren y juegan juntos, y cuando cualquier animal intenta atacar a uno de ellos, el otro se apresta a la defensa. Despertado el amor entre ambos en una hora de prueba, se vincularon para siempre y su amistad perdura como las rocas que permanecen incommovibles contra la furia de las inmensas olas que lanza el mar contra ellas.

LA RAPOSA Y EL GATO

Se alaba una raposa, habiando con un gato, de que sabía mil medios distintos para procurarse la vida, a lo cual contestaba el gato que no era tan sabio, pues sólo confiaba en su ligereza en trepar para salir de cualquier apuro. Aparecen en esto los perros, y el gato logró escaparse encaramándose a un árbol, pero la raposa, no pudiendo hacer lo mismo, cayó en poder de sus enemigos.

Vale más saber una sola cosa útil que muchas que no sirvan.

Esopo.

CONSEJOS

Aprende un oficio o una profesión.

El que tiene un oficio tiene paz y tranquilidad.

Busca el aire puro y la luz del Sol.

Donde no entra el Sol, entra el médico.

Duerme con aire renovado, toda la noche.

El silbato caro

Jorgito, cuando regresó a su casa aquella tarde, relató a su abuelo la lección del día, y le pidió algunas noticias sobre el pararrayos, que él había visto alguna vez en el punto más elevado de un edificio.

El abuelo accedió gustoso: le dijo que los pararrayos son astas de hierro terminadas en una punta de cobre dorada (a menudo, tienen una puntita de oro o de platino), las que se colocan sobre los edificios o los buques y, por medio de una cuerda metálica, se comunican con la tierra húmeda y profunda, o mejor, con el fondo de un pozo.

— ¿Por qué se llama pararrayos?

— Porque esas puntas sirven para neutralizar lentamente la electricidad de las nubes, o bien, si estalla el rayo, sirve para dispersarlo en el suelo, por medio de la cuerda.

— ¿Y quién inventó el pararrayo?

— Un observador: Benjamín Franklin.

— ¿Benjamín Franklin? Pero ya lo he oído nombrar. Es aquel que habló del “tiempo y del dinero”.

— El mismo; aquel que para enseñar la manera de hacerse rico, dió estas dos sencillas reglas:

I — “Sé siempre un hombre honesto y laborioso.

II — Gasta siempre un centavo menos de lo que ganes”.

— ¿Hace mucho tiempo que murió ese gran hombre?

— Desde hace más de un siglo: en 1790.

— Cuéntame su historia.

— Tú eres el nieto de los cuentos e historietas. Te contaré todas las que sé... Benjamín Franklin nació en 1706, último de diez y siete hermanos. Su padre, que era muy pobre, lo tuvo en la escuela un año solamente, y a los diez de edad, lo colocó en una fábrica de velas. Benjamín se aplicó lo mejor que pudo a su oficio, y, cuando disponía de tiempo, se ejercitaba en nadar, en remar y en leer libros de viajes y de historia, que compraba con sus ahorros. En su casa, compadeciéndolo, le llamaban el literato; pero, para secundar su inclinación, lo emplearon con un hermano impresor, con quien permaneció hasta los veintiún años, dando siempre muestras de su gran habilidad en el oficio. Seguía leyendo libros con suma atención. Y es lo que yo quisiera que hicieran mis nietos.

Existen personas que se creen sabias, porque pueden decir: “He leído muchos libros...” En cambio, es preferible leer poco y seleccionado y leer bien: esto educa e instruye. Franklin, trabajando y estudiando día y noche durante varios años, adquirió dinero, saber y reputación, con lo cual no solamente tuvo una imprenta propia, sino que realizó varios inventos. ¿Tú conoces el proverbio: “El tiempo es dinero”?

— Sí, se lo he oído muchas veces a mamá.

— El ahorro del tiempo y del dinero se puede decir que fué el lema de Franklin. El distribuía las horas del día para determinadas ocupaciones, y de noche, repasando todo lo que había hecho durante el día, se preguntaba a sí mismo: “¿Qué gastos innecesarios hice? ¿Qué falla he tenido?”

El cuenta en uno de sus libros que, en ocasión de una fiesta, le llenaron el bolsillo de monedas, y él corrió a comprarse un silbato. Todos le dijeron que era muy lindo, pero que costaba demasiado caro. Desde entonces, cuando veía a alguien gastar o renunciar a su propia libertad, para obtener un título honorífico, o derrochar el ingenio y las fuerzas para satisfacer alguna pasión, decía: "El silbato cuesta demasiado caro".

Y ahora, querido, me voy a leer.

El abuelo se entregó a su ocupación predilecta y Jorgito contó a su hermanita todo lo que había aprendido aquella tarde.

EL BURRO ENFERMO

A mi burro, a mi burro,
le duele la cabeza,
el médico le ha puesto
una corbata negra.

A mi burro, a mi burro
le duele la garganta,
el médico le ha puesto
una corbata blanca.

A mi burro, a mi burro,
le duelen las orejas,
el médico le ha puesto
una gorrita negra.

A mi burro, a mi burro
le duelen las pezuñas,
el médico le ha puesto
emplasto de lechugas.

A mi burro, a mi burro
le duele el corazón,
el médico le ha dado
jarabe de limón.

A mi burro, a mi burro,
ya no le duele nada,
el médico le ha dado
jarabe de manzana.

X.

La veracidad



— Escucha, Víctor: Dí siempre la verdad aunque sea en contra de tí mismo. Y si adquieres desde ahora, que eres un niño, ese hermoso hábito, tendrás muchos amigos y gozarás del respeto y estimación de todo hombre de bien.

— ¡Y cuando me como los dulces que guarda mamita en la despensa, tengo que decir que he sido yo? ¿No te parece, títa, que es mejor echarle la culpa a Totó o a la sirvienta? De esta manera me libro de que me reten o me peguen en las manos.

— No, Víctor; ganarás en el cariño y aprecio de tus padres si declaras la verdad toda vez que violas una prohibición o realizas una acción censurable. Si comes los dulces a escondidas, también debes decirlo, sin hacer culpables a seres inocentes de la falta que te induce a cometer tu excesiva afición a las golosinas.

— ¡Así, títa Sara, nunca debo mentir?

— Nunca. La mentira es una acción mala, cobarde y vil.

— ¡Y cómo es que a la mamá de Antonio le he oído decir, en más de una ocasión, que existen mentiras inocentes y que a veces es necesario mentir?

— Esa señora hace mal en hablar de esa manera, porque si bien es cierto que hay mentiras que no perjudican a un tercero y por eso se las considera sin importancia, en cambio, la persona que las dice, lejos de sentirse satisfecha, experimenta algo parecido al remordimiento y se avergüenza de sí misma. En cuanto a lo de la mentira necesaria, eso depende, mi querido niño, del grado de bondad y de nobleza de una persona, porque sabrás que cuanto más bueno es un ser, es veraz sin ningún esfuerzo.

— ¡Ah!, tía, yo no sabía eso.

— El niño, el hombre o mujer que mienten continuamente y por cualquier cosa, se atraen el desprecio general y todos rehúsan su amistad. Ten siempre presente, Víctor, aquella anécdota que sobre Jorge Washington te referí hace varias semanas y que tú y tu hermanito tanto celebraron. Recuerda que ese niño dijo la verdad a su padre encolerizado; cuando sólo tenía seis años de edad. Y no olvides tampoco que ese niño, que llegó a ser presidente de los Estados Unidos de la América del Norte, jamás mintió en su vida, ni aún cuando se trataba de cosas nimias.

Víctor, que ha recibido estos consejos mientras la cariñosa tía pasaba revista a sus deberes, permanece en actitud reflexiva durante algunos minutos. Luego arregla sus cuadernos y se va a jugar con su hermanito. Pero el niño ha olvidado el tintero sobre la mesa del comedor, que está cubierta por una suntuosa carpeta de terciopelo rojo.

En una de las vueltas que el niño da alrededor de la mesa, mueve a ésta, cae el tintero y la tinta se vuelca de

un modo tal que echa a perder gran parte del tapete. Víctor se asusta en el primer momento y piensa en seguida en hacer recaer la culpa sobre Totó. Pero, una voz interior le grita: ¡No mientas, no mientas! Y el niño recuerda los consejos de la tía. Y en lugar de mentir, cuando se presenta su mamá sumamente enojada por el daño causado, se inclina humildemente ante ella, y, al igual del gran Washington, exclama: “No puedo mentir, mamá, he sido yo”. En forma análoga a la del pequeño Washington fué premiada la veracidad de Víctor, el cual recibió un gran abrazo de su buena madre.

EL LABRADOR Y SUS HIJOS

Estando un labrador muy cercano a la muerte, llamó a sus hijos, y les dijo que cuantos bienes poseía los dejaba en la viña de su propiedad, y que así cuando quisiesen partirlos entre ellos, sólo en la viña debían buscarlos, que allí los hallarían. Después de haber fallecido el padre, fuéronse los hijos a la viña a buscar los referidos bienes, pero por más que cavaron con mucho afán, creyendo encontrar un tesoro, nada encontraron. No obstante, como la viña fué muy cavada, dió mucho fruto aquel año, y al repartirlo entre sí dijo uno de ellos: — «Indudablemente el tesoro que nuestro padre nos dejó, son los frutos de esta viña».

El trabajo es el verdadero tesoro del hombre.

Ahorro de tiempo y de dinero

¿Qué me contarás esta tarde, abuelo? — preguntó Antonito.

— Esta tarde no habrá cuento porque estoy desagradado contigo; desde que estás de vacaciones no haces más que perder el tiempo.

— Pero, abuelito, las vacaciones se tienen para no hacer nada.

— Te equivocas, niño. Está bien que juegues, saltes y corras, ya libre de toda preocupación escolar. Me gustas en eso; pero me gustarías aún más si te viera dedicado a leer, si abrieras de vez en cuando uno de los tantos libros de mi biblioteca que un niño de tu edad ya puede comprender. ¿No te agradan los cuentos? Pues los hallarás en los libros, mejores que los que tu abuelo puede referirte. No pierdas tanto el tiempo, hijito, créeme: haces mal.

— ¿Hago mal? — preguntó el niño, sorprendido.

— Sí, haces mal, Antonito. Tú conoces ¿verdad? el proverbio: *El tiempo es oro*.

— Sí; ¡se lo he oído decir tantas veces a papá! ¿También tiene eso que ver con Franklin?

— Como que el ahorro del tiempo y del dinero, se puede decir que era un distintivo en ese gran hombre. El distribuía todas las horas del día para determinadas ocupaciones. Tú, Antonito mío, debes comenzar a dar valor no sólo al tiempo, sino también al dinero. Franklin odiaba a muerte todas las prodigalidades, y la peor de ellas le parecía la del tiempo.

— Ya sé, abuelo. Ahora recuerdo que leí en uno de sus escritos: “No desperdicies ni el tiempo, ni el dinero, y de uno y del otro haz el mejor uso posible”.

— ¡Bravo! Observo que tienes buena memoria. Hoy hemos hablado un poco del tiempo; vamos a hacerlo ahora del dinero: tú debes entender por tal todo lo que se posee materialmente. ¿Sabes el cuento de los fósforos de aquel señor que parecía avaro?

— ¡Yo, no!

— Se cuenta que varias personas piadosas organizaron una colecta para los hijos de los muertos por el cólera, y que al ir a entrar en una casa, oyeron al dueño que reprochaba al criado el haber gastado muchos fósforos para encender el fuego. Los peticionantes quedaron mal impresionados al oír aquello, y dijeron: “Este no nos dará nada”, y estaban por retroceder. Pero el dueño de casa, al verlos, los llamó y les preguntó el objeto de su visita. Al saberlo, les dió una gran suma de dinero, demostrando con este hecho que una cosa es malgastar y otra es bien usar.

— ¡Qué lindo! ¡Me gusta mucho! ¡Cuéntame otro, abuelo, ahora!

— Cuando se empieza con Antonito no se termina más, ¿eh? — dijo el abuelo, fingiendo inquietarse. Después agregó:

— Te relataré uno breve, también sobre el mismo argumento:

“Montesquieu, que fué un célebre juriconsulto, filósofo y literato francés, era considerado como un hombre avaro. Cuando murió se encontró anotado en sus libros de cuentas un gasto de 75.000 francos, suma des-

tinada a rescatar a un marsellés, padre de familia, que había caído como esclavo en poder de los argelinos. ¡Nadie había conocido esa noble acción! ¿Comprendes? El hacía el bien en secreto y empleaba santamente su dinero. Y ahora, hasta luego, querido. Me voy a leer antes de comer.

El abuelo se dirigió a su biblioteca para comenzar su ocupación favorita, y Antonito se quedó pensando en que no debía pasar todo el día jugando y gastar en caramelos todo el dinero que recibía de sus padres y parientes.

LA VENGANZA DEL BUENO

Un pie atrevido, pisa una malva,
y ella, que ignora lo que es venganza,
lo aromatiza con su fragancia.
Las verdaderas almas cristianas,
Son generosas como esta planta.

CONSEJOS

De casita a la escuela sin demora
Para que llegues a la justa hora.
Mas no corras, ni grites, cual salvaje
Porque puede golpearte algún carruaje.
Aunque camines con el cuerpo laso
A señoras y ancianos cede el paso.
Si oyes decir sandeces, groserías,
Aléjate, no apruebes, no te rías.

La paciencia



— Abuela, Frida ha sido mala conmigo, y olvidándose de toda consideración, me ha tirado un libro a la cabeza.

— Y tú, ¿nada le hiciste?

— No; discutíamos sobre unos cuentos que ambas habíamos leído en el libro que, en un raptó de ira, me arrojó luego. Yo no era de su mismo parecer y como sostuve mis opiniones, ella se irritó muchísimo.

— Bien, hijita. — Sólo una cosa te resta oponer a

ese agravio, y es: tener paciencia.

— Pero, abuelita, Frida va a suponer que le tengo miedo.

— No importa; no te inquietes por ello; tú demostrarás que eres mejor que Frida, siendo paciente, y tu actitud te hará superior.

— ¿No piensas, abuelita, que yo estoy muy dolorida?

— Sí, mi nena; pero aun sobre el dolor se triunfa con la paciencia. Es un escudo y con él nunca te vencerán.

La niña hizo un gesto que revelaba bien a las claras su disgusto. Por la expresión de su carita, se advertía

que no la habían convencido.

Algunos días después, se desencadenó un huracán tan violento que arrancó numerosos árboles y derribó varios edificios.

La abuela se aprovechó de esa manifestación impetuosa y temible de la naturaleza, y llamando a su nieta, le habló de esta manera:

— ¿Has visto los destrozos que el huracán ha producido?

— Sí, abuelita; su furor ha sido terrible.

— Bien, mi hijita; la ira puede compararse al huracán: es como él terrible, todo lo arrolla, choca rudamente y no queda más que una valla que oponerle.

— ¿Y es, abuelita?...

— La paciencia, hija mía, la paciencia. Contra ella se estrella, después de cruenta lucha en que siempre es vencida. Cuando el furor de la ira termina, queda la fuerza de esa virtud, que es como un aura vivificante, que tiene más poder que el huracán que arrasa y destruye.

— Comprendo, abuela, cuanto me dices, y trataré de ser paciente. Estoy convencida de los beneficios que me reportará.

— Si lo realizas, te harás invencible, hija mía — respondió dulcemente la anciana, — mientras sus ojos se iluminan de ese amor y de esa bondad que arde sólo en el pecho de los buenos.

CONSEJO

Si no sabes bien, no afirmes.

Navidad



¡Es Navidad!

Las campanas redoblan alegremente. Los niños se encuentran, se miran recíprocamente el vestidito nuevo, y se saludan con la mano. Se encuentra el rico con el pobre; éste no tiene necesidad de insistir mucho para obtener la dádiva; el pudiente se detiene, lleva la mano al bolsillo y saca unas monedas. El pobre exclama agradecido:

— *Rogaré al Niño por usted.*

¡Es Navidad!

Las campanas tocan a fiesta. Las iglesias están primorosamente adornadas, los sacerdotes anuncian al pueblo la grandeza del Eterno Hijo de Dios, su nacimiento en el establo de Belén, el dominio de El en el corazón de los justos. En tanto, el pueblo ruega, ruega ante el Niño celeste que ha venido a la tierra a hacer mucho bien.

¡Es Navidad!

En muchas casas se ha construído el pesebre, más o menos grande, más o menos rico, siempre hermoso, con el Niño Jesús, con María y José, los pastores y las ovejitas.

Los niños saltan de alegría cuando las lucecitas encendidas iluminan aquella escena de amor; después, imitando a mamá, se arrodillan, ruegan al divino Niño y exclaman:

— *Gloria a Dios y paz a los hombres.*

Mientras se prepara el almuerzo, más abundante que de costumbre, la madre y la hermana recuerdan que en la humilde casita vecina hay una pobre que quizá ese día no tenga nada que poner a la mesa. A ese solo pensamiento sienten oprimírseles el corazón. Toman una cesta, la llenan de diversos comestibles propios del gran día, y la dan a uno de los niños, diciéndole:

— Vé, llévalo a la señora Angela, aquella pobre mujer que tiene cuatro hijitos.

El niño toma con gusto la cesta y baja casi corriendo la escalera. Llama a la puerta de al lado y otro niño le abre.

— Toma — le dice aquél; — dáselo a tu mamá, y procurad estar hoy un poco alegres, que es la fiesta del Niño Jesús. El pobrecito da las gracias todo confundido, toma la cesta y corre hasta donde se encuentra su madre.

El otro niño regresa a su casa, vuelve al pesebre y mira al Niño, que le parece que es más bello y más sonriente que antes. ¡Es Navidad!

MÁXIMAS

El mundo enseña, de ejemplares lleno,
que para ser feliz, hay que ser bueno.

Ningún placer más puro y delicado
que poder dar la dicha a un desgraciado.

Si haces bien, dalo al olvido,
pero tú, sé agradecido.

Hartzenbusch.

Una discusión



Preciosa confraternidad demostrada desde los más tiernos años

Se hacía lectura. Leíase un capítulo sobre la necesidad de que los hombres se ayuden unos a otros, terminando con estas palabras:

“La práctica prueba, pues, que ninguno puede proveer por sí mismo a todas sus propias necesidades; por lo tanto, es obligación y ventaja para todos ayudarse unos a otros.”

Cuando el alumno que leía llegó a este punto, sonó la campana, la lección terminó y los niños salieron al recreo.

Ya en el patio, mientras otros camaradas se entregaban a sus juegos habituales, Ulises preguntó a Lorenzo:

—¿Te gustó lo que hemos leído?

—Mucho.

— ¿De veras? A mí, no. He pensado siempre que no debemos necesitar de ninguno. Aceptar la ayuda de otros es una humillación.

— Disculpa — respondió Lorenzo. — Que cada uno debe tratar de proveer a sus necesidades, eso es indiscutible. Pero algunas veces, o con frecuencia, sucede que se presentan a nuestro paso dificultades insuperables, y entonces no creo que sea rebajarse, humillarse, solicitar la ayuda de otros.

— Yo no lo creo así; cada hombre, cada mujer debe tener el orgullo de no pedir nunca nada a nadie.

— Vuelves a revelarte el orgulloso de siempre; vuelves a lo anteriormente dicho con otras palabras. No olvides lo que nos repiten de continuo nuestros padres, nuestros maestros: “La unión hace la fuerza”.

— Es cierto, Lorenzo. Pero tener que decirle a un semejante: *Haz el favor de darme tal cosa; te pido prestado esto; te ruego me presentes a tal persona o si fueras tan gentil en hablar tú antes con ella y exponerle mi pedido o mi caso*, resulta en extremo desagradable.

— No, yo no pienso así. Dice papá que vivimos en el mundo en la condición del hermano al hermano en el seno de una gran familia, y que en tal condición debemos tratar de aplicar siempre la máxima: *Uno para todos y todos para uno*.

— Hablas bien.

— Sí, habla bien — dijo el maestro, interviniendo, pues algunas frases finales de la discusión habían llegado a sus oídos. — Sí; Lorenzo tiene razón — prosiguió diciendo. — Por poco que se piense y por grande que

sea el deseo de no ser molesto con pedidos a los demás, hay que convencerse de que nos necesitamos unos a otros y que usufructuamos del trabajo de los demás. Dentro de pocos minutos reanudaremos la clase y hemos de continuar tan interesante discusión.

CANCION DE CUNA

Rayito de luna,
duérmete en la rosa
la noche susurra
como una paloma.

Duérmase la gracia
de ojos de diamante.
Los ángeles pasan
en la noche suave.

Rayito de plata
sueña en sus pupilas
¡le harás la mirada
más clara y más linda!

Rayito de sol,
despierta al jardín,
como un corazón
que empieza a vivir.

Despiértase al beso
blanco que da el día...
Niño: está el cielo
todo azul, ¡arriba!

Enrique Banchs.

Honradez recompensada

(*Cuento de Reyes*)

Varias jovencitas caminaban en fila a lo largo de la playa. Se habían quitado las sandalias y las llevaban en la mano. Los blancos pies dejaban estampadas sus huellas sobre la arena. Por momentos una fuerte oleada las recubría de blanca espuma. Entonces las niñas reían y gritaban felices.

De pronto una de ellas tropezó con un objeto duro. Miró, y sus ojos divisaron una cartera casi enterrada en la arena. No hizo caso del hallazgo y pasó. Quizá sería de alguna de esas pobres mujeres que se levantan al alba, para ir a cumplir en lejano sitio domésticas faenas, con las que ganaría unos centavos. La cosa, pues, no tenía importancia. Pero, detrás de nuestra jovencita pasó luego la hija de Juan el pescador, una preciosa criatura de ocho años que regresaba a su casa cargada con una cesta de provisiones para el día. La niña también estaba descalza, pero por razones bien diferentes a las de las felices jovencitas. Al poner sus pies sobre aquel objeto duro que se hundió un poco más a su paso, la niña volvió un poco atrás y agachándose lo examinó y en seguida, posando la cesta en el suelo, lo extrajo de la arena. Al abrirlo, con manos trémulas, vió que contenía varios billetes de banco. Los guardó cuidadosamente. Miró después a todos lados, como si hubiera cometido un delito, y colocando la cartera en la cesta, reanudó la marcha.

¡Cuántos dorados sueños se forjó la pobre niña en el camino andado! ¡Cuántas ilusiones!...

No había duda; su mamá con aquel dinero que la preciosa cartera contenía, le compraría el vestido blanco, las medias y los zapatitos de igual color que ella tanto ambicionaba tener.

Al día siguiente se celebraría con gran pompa en las iglesias y con acentuada alegría en la casa de los niños ricos la festividad de los Reyes Magos. Quizá Melchor, Gaspar y Baltasar, compadecidos de su pobreza habían colocado ese regalo a su paso.

Al llegar a su casa lo primero que hizo la niña fué entregar la cartera a su mamá.

La madre, mientras la abría, exclamó: — ¿De quién será?

— Es nuestra, porque yo la encontré.

— No, hijita, no, no es nuestra. Aquí están unas tarjetas en las que se lee un nombre. Debe ser el de la dueña. Yo conozco a la señora y voy a restituírsela en seguida.

Y dicho y hecho; la buena mujer fué en busca de la que ella suponía la legítima poseedora de la cartera extraviada. No le dió gran trabajo encontrarla porque la señora se hallaba en aquel momento en la playa, próxima al sitio del hallazgo.

Cuando estuvo junto a ella le preguntó:

— ¿Señora, no ha perdido usted nada?

— Sí, hace un rato que busco mi cartera de cuero negro.

— Aquí está — dijo la esposa del pescador Juan, y entregó la cartera.

— ¡Gracias, gracias! — exclamó contenta la señora. — Es mi cartera... y en recompensa de vuestra honestidad y gentileza os ruego aceptéis este pequeño recuerdo...

Y diciendo esto la señora abrió la cartera y entregó a la madre de la preciosa niña de los ojos azules, varios billetes de banco, quien en aquella noche después de comer, fué obsequiada por su mamá con chocolatinas y caramelos. Al día siguiente, día de Reyes, después de besar con gran afecto a su mamá, estrenó el vestidito y los zapatitos blancos que tanto ambicionara y que tan noblemente obtuviera.

EN CLASE

Los niños están en clase,
desmantelado salón.

Una joven, la maestra,
dibuja en el pizarrón.

Una pizarra chirría:
es que hace palotes Luis;
otra pizarra se queja:
es que hace ues Joaquín.

Deletrea en un libraco
un chiquillo gordínflón;
otro escribe en un cuaderno
cuadrículado una O.

Y en un rincón, abstraídos
Ramoncito y Serafín,
preocupadísimos juegan
partidos de ta-te-tí.



Orden y laboriosidad

— Es increíble lo que ven mis ojos, Mónica; hace dos horas que tienes entre manos ese dobladillo.

La niña nada responde a la observación de su madre y, sin inmutarse, continúa inclinada sobre la labor que tiene entre manos.

— Si sigues trabajando con tanta lentitud y desgano, llegarás, hija mía, sana y salva a los ochenta.

— Pero, mamá; si hago lo que puedo.

— Sí, hijita; es tu invariable respuesta. Parece que aún no has encontrado un medio mejor para satisfacerme. Y, vamos a cuentas: ¿qué resultado tuvieron tus últimos exámenes?

— ¡Ay! mamita; ¿tengo culpa si no puedo aprender?

— Sí, Mónica; porque tú eres inteligente; tú, con un poquito de empeño obtendrías un resultado satisfactorio en tus estudios, pero...

— ¿Pero, qué, mamá?

— Careces de voluntad.

— ¿Quién lo dice?

— Todos.

— Cómo; todos! — responde asombrada la niña.

— Sí; abuelita, papá, yo y tus amigas.

— Naturalmente todos, porque no tienen que torturarse como yo para aprender un poco; yo que sacrifico hasta mis diversiones y muchas veces ni siquiera los do-

mingos me permito concurrir al cinematógrafo o pasear como hacen otras niñas de mi edad. Y todo eso, mamita, es por estudiar y aún no estáis satisfechos de mí, replica con acento desesperado la perezosa Mónica.

— ¡Oh! verdaderamente tu existencia es penosa. Te acuestas muy temprano y dejas la cama tarde; de esta manera necesitas que todo el pequeño mundo que se encierra en esta casa, se dedique a arreglar tu cuarto y tu ropa, y aún tienes el valor de quejarte! Cualquiera que hubiese oído tu última respuesta y no estuviese enterada de tu desorden y de tu falta de amor al trabajo y al estudio, me habría tachado de injusta.

— ¡Ah! no; eso no, mamita. Reconozco que tienes razón, que soy algo descuidada y que el estudio me seduce poco. ¿Crees que podré cambiar?

— Sí, hija mía; no tienes más que desearlo y yo te ayudaré para que venzas las dificultades y no te desalientes.

— ¿Qué debo hacer?

— Tener, sobre todas las cosas, energía y voluntad; no dejarse dominar jamás ni por el ocio, ni la pereza.

— ¡Pero, si yo no conozco ni el ocio ni la pereza!

— Sin embargo, practicas tan ampliamente esos hábitos engendradores de feos vicios!

— Entonces, trataré de mejorar.

— Serás la primera beneficiada. Tampoco debes descuidar el capítulo que se refiere al orden. Toda persona debe ser siempre ordenada, pero muy especialmente una niña. Tú, por ejemplo, nunca sabes dónde has dejado el dedal; en qué sitio se encuentran las agujas; dónde el hilo, las tijeras, etc. *Hay que tener un lugar para*

cada cosa y cada cosa en su lugar. De esa manera ahorrarás tiempo, dinero y desagradados y tendrás la satisfacción de ver terminada pronto la labor.

— Tú, mamá, me guiarás en mis enmiendas, porque yo anhelo cambiar de conducta y no disgustarte más. Pero, ahora...

— Ahora, ¿qué?

— Toma un beso, porque quiero proseguir con ahinco mi interrumpida costura y concluir de una vez ese dobladillo.

— Bien, hija mía, bien — responde la madre, contemplando amorosamente a Mónica, que ha prometido ser laboriosa y ordenada y cuya rubia cabecita se inclina en aquel instante sobre su trabajo.

DEL PALO DE TU CUNA...

Del palo de tu cuna cuelgan alegremente
tu caballo de plomo, tu conejo de lana.
En cuanto abras los ojos, darás con tus juguetes
barnizados con luz de la mañana.

¡Cuántos, al despertarse no hallarán un muñeco,
ni pan, siquiera, hijo, para su hambre atrasada!

Fernández Moreno.

CONSEJOS

Ama a tus compañeros de escuela que se convertirán en los compañeros de trabajo de tu vida.

Sé con todos amable y sobre todo con los más pobres y con los que sufren.

La limosna del corazón

Sonreía la madre con el corazón henchido de alegría contemplando a su Pochola que aún dormía plácidamente. ¡Su nena! Era toda su vida y toda su razón de vivirla. ¡Qué bien lo había comprendido durante su reciente enfermedad en que estuvo a punto de perderla! Ya esos días de prueba, esos días tristes, iban alejándose, y ella confiaba en el porvenir bajo esa onda de alegría que le envolvía el alma.

La niña hizo un movimiento al despertar. Entonces la amorosa madre le dió un fuerte beso en la frente.

— Cip, cip, cip... Los pajaritos, Pochola mía, han venido a decirte adiós: van de paseo con este día tan lindo.

La niña abrió los ojos y suspiró, diciendo: — Y yo no los he visto.

— Es que eres una dormilona.

Pochola se abrazó al cuello de su mamita y con voz mimosa díjole:

— Vísteme y dame el desayuno.

La madre, rebosante de felicidad, la estrechó entre sus amantes brazos.

— ¡En seguida, mi linda nena!

Apenas vestida la niña se dirigió a la ventana, en el deseo de poder saludar a algunos de sus amigos, los pajaritos, que se hubiesen retardado en emprender el paseo. En esos días de convalecencia Pochola gustaba quedarse largas horas junto a su ventana toda envuelta en 'la luz de oro', como ella llamaba a la benéfica

luz del sol; toda dedicada a reunir margaritas, con las que hacía lindos ramos que iba a depositar luego junto a los retratos de sus abuelos y de su padre muertos; toda atenta en seguir el alegre tañido de las campanas que algunas veces parecían querer libertarse del campanario para ir a jugar con sus amigos los pajaritos.

— Mamita, se han comido todas las migas de pan; se ve que tenían hambre.

La niña parecía absorta.

— Dime mamá: ¿cuál era el santo que hablaba con los pajaritos?

— San Francisco.

— Cuéntame, mamita, cómo lo hizo. ¡Me gusta tanto!

La madre acomodaba la mesita en que todo estaba dispuesto para el desayuno de su nena.

— ¿La historia de los pajaritos? Un día San Francisco subía a un monte — cuyo nombre no recuerdo — y llegado a cierto punto se sintió fatigado y se detuvo para descansar un poco. En seguida de la floresta próxima llegaron muchos pajaritos que comenzaron a volar y a cantar sobre su cabeza, sobre sus espaldas, sobre sus rodillas.

La niña golpeó las manitas:

— ¡Qué lindo!

— Entonces San Francisco, que quería mucho a todos los animalitos, comenzó a hablar a los pajaritos de la bondad de Dios, y ellos lo escuchaban como si comprendieran. Cuando terminó, ordenó a los pajaritos que fueran a cantar las alabanzas del Señor y alzó las manos para bendecirlos. En seguida los pajaritos se marcharon en cuatro direcciones, diseñando una cruz en el aire.

— ¿Y a dónde fueron?

— Por el camino del cielo, atravesando campos y cerros, por todo el mundo.

Pochola alzó los ojos estática: los pajaritos llevaban también su alma a través del largo vuelo por el cielo.

— Ahora, nena mía, desayúnate — díjole tiernamente la madre.

La niña no se hizo rogar, pero sus ojos estaban todavía llenos de sueño.

Aquella tarde Pochola fué a paseo con su mamita. Ambas cortaron de los cercos de hermosas quintas una gran cantidad de madreselvas y de rositas trepadoras. Y tantas eran, que la madre quiso llevarlas todas ella para que la niñita no se fatigara. Al regreso, Pochola, vió a un perro flaco y hambriento. Al principio tuvo miedo, pero luego se rehizo y tirando de una manga a su mamá le preguntó:

— Mamita: ¿también los perros son, como los pajaritos, criaturas del Señor, como me decías los otros días?

— Sí, hija mía; lo son todos los seres de la creación.

Entonces Pochola abrió la canastita en que llevaba la merienda que debía tomar con su mamá al llegar a cierto punto del paseo, sacó dos grandes rebanadas de pan con manteca y se las dió a comer al hambriento animal, mientras le acariciaba la cabeza con una de sus manecitas.

— Muy bien, hija mía, — díjole la madre conmovida.

— A la limosna de la mano has agregado la del corazón.

Así la niña a los seis años de edad, entraba de nuevo a la vida, después de su enfermedad, fresca como una rosa, realizando su primera obra de amor, de ese amor que va donde no va ni la esperanza, ni la fe. Una sensación nueva surgía en la niñita en ese día de alegría, una sensación de fraternidad tierna hacia un ser que sufría.

R E Y E S

Vendrán los camellos por la calle larga
que abrió desde Oriente, la felicidad.

¡En todas las puertas,
dejarán un poco de su rica carga
y después... se irán!

Niños: esta noche dejad los zapatos
debajo la luna, que vendrá Gaspar,
montado en el tardo camello que avanza
desde la sublime, mágica Bagdad.

En otro, sonriendo llegará Melchor,
y casi a su lado, también Baltasar:

¡Los tres Reyes Magos enviados por Dios
con dulces regalos de amor y bondad!

¡Niños: esta noche por la calle larga
los blancos camellos de nuevo vendrán!

¡Dejad los zapatos, y gozad un sueño
de aladinidad!

¡Oh, niños queridos: dichosos vosotros
que podéis soñar!

Ricardo M. Llanes.

Para vivir contento



Juanito es un niño que, a pesar de sus pocos años, quiere saber el porqué de todas las cosas, acosando a sus padres con innumerables preguntas.

Cierta día encontró en la calle una herradura de caballo. Agachándose para tomarla, exclamó:

— ¡Una herradura! ¿Quién la habrá perdido?

Luego de recogerla le quitó el polvo con mucho cuidado, como si se tratara de un objeto precioso.

— La llevaré a casa — se decía el niño — y la ataré detrás de la puerta de calle.

Juanito no sabía a punto fijo la utilidad de una herradura de caballo atada detrás de una puerta; pero como él había observado que en varias casas de amigas de su mamá, estaban colgando de un clavo herraduras semejantes a la encontrada por él, algunas de ellas recubiertas de fina seda o terciopelo, y le dijeran en una ocasión que traían suerte, pensaba hacer un lindo obsequio a su mamá, llevándosela para ese mismo fin.

Pero a Juanito le estaba reservada una sorpresa. Cuando quiso hacer entrega a su mamá del objeto hallado, ésta le dijo:

— ¡Tirarás en seguida a la calle este hierro, porque aquí no hay lugar para las cosas inútiles!...

— Mamá querida — respondió en seguida Juanito, — me han dicho que las herraduras de caballo encontradas en la calle alejan las desgracias.

— ¡Y tú, zoncito, lo has creído? — exclamó la madre riendo. — Esas son creencias de gente ignorante. ¡Estaría bien que un pedazo de hierro bastase para hacernos vivir contentos! — Y así diciendo, la mamá arrojó la herradura al cajón de los desperdicios.

Juanito quedó silencioso y enfadado. Luego, repuesto de su desagradable sorpresa, se aproximó a su mamá y despacio, como para que no oyera su hermanita, que presenciaba la escena, le preguntó:

— Entonces, ¿qué se necesita?

— ¿Para qué? — replicó la madre.

— Para vivir contentos...

La madre sonrió.

— Se necesita — dijo — antes que nada, querer mucho a su mamá.

La señora aún no había terminado de hablar, cuando ya Juanito se abrazaba a su cuello, exclamando:

— ¡Qué contento estoy, mamita, de quererte tanto!

Y reía fuerte.

Otro día, el niño tuvo que acompañar a su mamá que se dirigía al centro de la ciudad para hacer unas compras.

En el ómnibus en que viajaban, vió Juanito un cartelito que decía: "*Seamos agradables y tratemos con respeto al prójimo*". Aquello llamó la atención del niño y se proponía interrogar a su mamá, cuando advirtió que en el otro costado del vehículo colgaba otro cartel en que

se leía lo siguiente: “*Con educación y buenos modales viviremos más años sin enfermarnos*”.

— ¡Ah, mamá! Dime, ¿qué quiere decir eso de vivir más años sin enfermarnos? — exclamó el niño, señalando el cartelito.

— Quiere decir, hijo mío, que si te portas bien y tienes buenas maneras con todas las personas con quienes trates, siendo siempre cortés y amable, conservarás más tiempo tu salud.

— ¡Ah, sí!... ¿Los niños mal educados son, entonces, los que más se enferman?

— Claro; la mala educación es castigada al igual de las malas acciones.

— Trataré, mamita, de portarme siempre bien para no enfermarme — respondió Juanito alegremente, mientras sonreía a su mamá, con una de esas sonrisas de la niñez llena de promesas halagadoras.

EN LA CALLE

Mira a ambos lados de la calle antes de cruzarla.

Cruza por las esquinas.

No retrocedas sin mirar bien.

En caso de apuro, quédate en el centro de la calle si no hay refugio.

Evita las vacilaciones.

No corras sin necesidad.

Descúbrete con respeto si pasa un entierro.

Cede la derecha a los mayores.

La pequeña valija

Cuando la tía Corina — una viejecita que se apoyaba en un bastoncito de Malaca por coquetería, pues no tenía ninguna necesidad de él — vió a su sobrino Gabriel apoyado sobre la borda del vapor, exclamó:

— ¡Qué hermoso muchacho!

Catita, hermana de aquél, levantó en alto, agitándolo, un ramo de rosas, como primer saludo al que retornaba después de larga ausencia.

— ¿Una valija tan pequeña es todo lo que traes? — observó Quiquito mirando la que Gabriel confiara al criado, después que hubo descendido del vapor.

— No; el baúl queda por el momento en la aduana, confiado a tío Pedro, que lo hará trasladar a casa.

Besó al niño cuyos ojos parecían agrandarse por la alegría de ver a su hermano mayor que llegaba de Norte América con su título de ingeniero civil.

Y subieron al coche. El camino era corto y fué recorrido rápidamente entre las preguntas de la anciana tía y del hermanito que no se cansaba de mirarlo.

El almuerzo transcurrió en igual forma. Gabriel relataba con entusiasmo todo lo que había visto y aprendido en la gran república del norte, y era escuchado por todos con gran atención.

A los postres, Quiquito, que aguardaba pacientemente el momento de hallarse a solas con su hermano para pedirle que abriera el baúl grande que ya se encontraba en la habitación que le estaba reservada, le tomó de la mano diciéndole:

— ¡Vamos! Quiero ver todo lo que traes en el baúl.

Y volviéndose hacia las demás personas, agregó:

— ¡Lo llevo conmigo!... Sabed que ahora él me pertenece.

— ¡Muy bien! — exclamaron todos sonrientes.

Quiquito estaba pálido y sentía que el corazón le latía fuertemente.

Entraron en la habitación. El baúl se hallaba en un rincón. Quiquito dirigió hacia él sus miradas llenas de ansiedad, y como si su hermano no hubiese advertido su impaciencia y el lugar en que se encontraba el objeto de sus ansias, le señaló la pequeña valija diciendo:

— Abriremos ésta primero.

— No — responde el niño con firmeza — primero el baúl.

Secundando los deseos del hermanito, Gabriel hizo girar los cerrojos y destapó el enorme baúl, extrayendo poco a poco las ropas y otros menesteres y los libros y papeles que aquel contenía. ¡Grande fué la desilusión de Quiquito! Ni un juguete, ni un libro había allí que le hiciera pensar que existió un recuerdo para él!

Gabriel lo observaba atentamente y sonreía. Sin decir una palabra se dirigió al sitio donde estaba depositada la valija, procediendo a su apertura despacio, muy despacio y, mirando de soslayo al niño, comenzó a sacar algunos paquetitos que fué entregando a Quiquito con la autorización de abrirlos. Este se encontró con numerosas monedas antiguas y modernas. Luego vinieron otros paquetes mayores conteniendo hermosos libros, unos pocos juguetes y un reluciente reloj de oro, todo lo que

traía de regalo al hermanito. Este no pudo contener su gozo, y saltando de alegría exclamó:

— ¡Por qué no me dijiste que todas estas cosas lindas las traías en la pequeña valija y no en el baúl grande, como yo suponía?

— Hermanito: nunca hay que juzgar por las apariencias; ya ves como lo mejor se encontraba en el pequeño bulto y no en el grande. Así sucede también con las gentes: los que parecen chicos y sencillos suelen muchas veces ocultar un noble corazón y una clara inteligencia.

— ¡Así es! — murmuró Quiquito, abrazando a su buen hermano con cariño.

NIÑITO, VEN

Niñito, ven; puras y bellas
van las estrellas a salir,
y cuando salen las estrellas,
los niños buenos ¡a dormir!

Niñito, ven; tras de la loma
la blanca luna va a asomar;
cuando la blanca luna asoma,
los niños buenos ¡a soñar!

Niñito, ven; ya los ganados
entran mugiendo en el corral.
Cierra tus ojos fatigados
en el regazo maternal.

Amado Nervo.

La escolar pobre



En la escuela de X las niñas se entregan, en la hora del recreo, a varios juegos propios de su edad. Todas saltan, corren y ríen, mientras la pequeña Marieta se mantiene apartada del bullicioso grupo que forman sus compañeras. Un tinte de melancolía nubla el candoroso semblante de la niña. En sus ojitos las lágrimas pugnan por salir. El vestido que lleva es limpio, pero sus muchos remiendos revelan una pobreza extrema. Marieta permanece durante todo el recreo con las manitas hacia atrás, contemplando a sus condiscípulas, que parecen más felices que ella. Ni una sola se acerca a la niña para invitarla a tomar parte en los juegos. Y la pobrecita sigue triste, quietita en su sitio, roído su tierno corazoncito por la pena que produce la indiferencia humana, lamentando su pobreza que la aleja de sus compañeras mejor vestidas y mejor nutridas que ella; pensando en su casa, donde falta lo más indispensable para poder vivir; temblando ante la idea de que la maestra le exija unos pocos útiles y libros imprescindibles para su instrucción.

Marieta tenía mucha necesidad de simpatía y de un afecto bondadoso, y lejos de tener una u otra cosa, parecía condenada al aislamiento.

Y después de las clases regresaba solita a su casa, caminando despacio, con ese paso que tienen las gentes

tristes, como si el pesar que llevan en el alma los agobiara impidiéndoles andar con mayor ligereza.

Una tarde, la maestra de Marieta observó en uno de los recreos, que la niña permanecía alejada de toda diversión. Fué hacia ella y le preguntó bondadosamente:

— ¡Por qué no juegas, Marieta?

— Señorita, mis compañeras me rechazan, — respondió la niña con voz temblorosa.

— ¡Pero, es posible!...

— Sí, como soy tan pobre, — dijo la niña echando una triste mirada a su trajecito.

— Pues, ahora, dame tu brazo y pasearemos juntas hasta que termine el recreo, — contestó la maestra, visiblemente conmovida ante el sufrimiento que advirtió en su pequeña educanda. — Y para el otro recreo te prometo, Marieta, que todo quedará arreglado.

La pobre Marieta, que se había visto despreciada por sus condiscípulas, no cabía en sí de contento ante la afectuosa solicitud de su buena maestra; leyendo en el semblante de aquéllas la extrañeza con que contemplaban el pequeño grupo compuesto por ella y por su querida señorita.

Al iniciarse nuevamente la clase, la maestra habló de la pobreza extrema del Hijo de Dios, tan pobre como un mendigo; citó los nombres de varios grandes hombres cuyos comienzos fueron sumamente difíciles, debido a que carecían de lo necesario para su subsistencia; de los que llegan muy alto en la vida gracias al esfuerzo personal, y terminó diciendo que las únicas cosas que en este mundo tienen un valor indiscutible son:

la bondad y la inteligencia. Tras breve pausa exhortó a sus discípulas a tender la mano a los desheredados de la fortuna, a ayudarlos de un modo positivo, pero sin denigrarlos nunca, tratándolos siempre con ternura de corazón, colocándose a su lado en los momentos de prueba, darles un consejo oportuno, en una palabra: poniendo sus cuidados y su tiempo al servicio del pobre. Por último, llamando a Marieta, la colocó frente a la clase y rodeándola con sus brazos pidió a sus discípulas que desde aquel instante debían considerarla su amiga y su inseparable compañera de juegos. — Es verdad, mis queridas alumnas, que su vestido es pobre, — agregó, — pero, no os fiéis de apariencias engañosas. ¡Cuántas veces la mano que calza guantes puede estar manchada!...

Iniciado por la maestra un generoso movimiento en favor de Marieta, al día siguiente tuvo ésta un vestido y zapatos nuevos, y un buen número de cuadernos, lápices y los libros que necesitaba. Al presentarse ante sus compañeras fué muy bien acogida y vertió lágrimas de gratitud frente a su noble maestra. Desde aquel día todo fué alegría para la pequeña Marieta.

EN SOCIEDAD

Usa siempre buenas maneras.

No hables demasiado, ni en voz muy alta.

No te muestres impaciente mientras hablen los otros.

No hables en secreto en presencia de terceros.

No rías muy ruidosamente, ni gesticules demasiado.

No uses bromas de mal gusto.

La rama de magnolias

Aquella mañana, la enfermita, al abrir los ojos después de una semana de fiebre alta, pasó revista a todas las cosas que la rodeaban como si las viera por primera vez. Podía moverse un poco en la cama y balbucear alguna palabra con su mamá, que no la abandonaba un solo instante. Mientras había durado la fiebre, la niña permaneció horas y horas en un profundo sopor. Ahora se encontraba mejor y con frecuencia miraba por la ventana, casi siempre abierta.

Dorita miraba y veía bien poco. Pero recordó que su cuartito no tenía ventana, y le preguntó a su mamá:

— ¿Por qué me trajiste a esta pieza?

— Hacía falta, hijita, tenerte en un cuarto con ventana, donde el aire se mantuviese puro; por eso te traje aquí. Es cierto que la pared de la casa vecina es muy alta, pero, ¡mira qué linda rama de magnolia en flor cae sobre nuestro patio y nos recrea no sólo los ojos con su belleza, sino también el olfato con su fragancia!...

Y las flores grandes y pesadas, blancas como las almitas de las niñas buenas, caían sobre aquel muro como una ofrenda. Dorita, desde ese momento, las contempló con gran admiración. ¡Qué lindas eran! ¡Qué cándidas y lozanas! Debían tener un perfume exquisito. Dorita sentía un gran deseo de apoyar sus labios reseco por la fiebre de los días anteriores, sobre aquellas flores frescas. Y una tarde, no pudiendo contenerse más, dijo despacito, con un sollozo en la voz:

— Mamá, quiero aquellas magnolias, que asoman allí sobre la pared.

La casa vecina, en que vivía una niña llamada Marujita, era muy fea, muy pobre y muy obscura. En toda ella no había más que una cosa linda: aquel árbol de magnolia, con sus albas flores.

Sin embargo, Marujita, que adoraba esta belleza única de su humilde vivienda, no titubeó al conocer el deseo de Dorita. Cortó las mejores magnolias, cuando la mamá de la enfermita se las pidió. Las tijeras le temblaban en las manos; pero cortó resueltamente. ¡Quería que la niña enferma estuviera contenta!

La mamá de Dorita agradeció las flores con lágrimas en los ojos y besó a la generosa donante.

En seguida Dorita y Marujita se hicieron grandes amigas.

Un día, en que la primera se quejaba del reposo absoluto a que la había condenado el médico, Marujita, que era una niña inteligentísima, le contestó:

— Mira, cuando yo estuve enferma hace dos años, y me quejaba de lo mismo, mi maestra, que me visitó varias veces, me decía: “Piensa que la paciencia de que puedes dar ejemplo y los buenos modos que uses con las personas que te cuidan y vienen a verte, son también labores. Dentro de ellas tu enfermedad puede llegar a ser una bendición para tí y para todos”. Ejercítate, Dorita, en ese trabajo. Ya verás, ya verás, ¡qué bien te sentirás! Además, te premiaré — añadió, sonriendo, Maruja. — Hay otra rama de magnolias cargada de flores; te la regalaré si sabes estarte quieta.

Eduardito



Aquella noche Eduardo comió muy poco y pidió acostarse en seguida de terminar la comida.

Después de una hora, la mamá entró en su cuarto, — como tenía por costumbre hacerlo todas las noches, — para darle un beso y terminar de cerrar sus ojos soñolientos, pero con sorpresa

halló que la camita se encontraba vacía. Llamó a Eduardito en alta voz por toda la casa; lo llamaron su papá y sus hermanitas; en vano. Descendieron todos al jardín y volvieron a llamar desesperadamente: se oyó entonces una vocecita que gritaba: ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! Al mismo tiempo vieron aparecer en el fondo del jardín al pequeñuelo. Tenía las manos y el camión todo lleno de tierra.

Su mamá lo abrazó y lo estrechó contra su corazón; después quiso reprenderlo, pero el niño protestó enérgicamente:

— No merezco tus amonestaciones, mamá. Al regresar esta tarde de la escuela, supe por Bautista que mi gatito había sido encontrado muerto. Yo pregunté la causa y nadie supo decírmela. Me entristecí mucho, porque vosotros no ignoráis todo lo que yo quería a mi gatito. Interrogué al sirviente qué harían con su cuerpecito, y me contestó que lo tirarían al cajón de la basura.

Me sentí sublevado ante la triste suerte que aguardaba a mi pobre gatito. Y entonces, mamá, resolví venir a enterrarlo, cuando ninguno me viera, en un rincón apartado de este jardín. Y si lo hice sin decirte nada, es porque papá nos tiene terminantemente prohibido salir al jardín en noche fría. Pude encargárselo a Bautista, pero yo quería tributar esta última demostración a mi querido Muscito.

La madre trató de disculpar a Eduardo ante su padre. Luego el niño fué a su cuarto y se acostó. La fiebre se apoderó de él. Tantas emociones juntas lo habían dejado exhausto y el frío de la noche completó la obra con el comienzo de una pulmonía. Por fortuna la enfermedad no fué larga.

Quando el niño estuvo en condiciones de levantarse, no pensó más que en volver a la escuela, donde era muy apreciado por su buen comportamiento y aplicación. En víspera de tornar al aula, escribió a su condiscípulo Alberto la siguiente cartita:

“ Querido Alberto:

“ He estado tan enfermo en estos días que no me ha sido posible ir a la escuela.

“ No sé qué lecciones y qué deberes ha dado la maestra para mañana, día en que ya puedo reanudar mis estudios. ¿Quisieras tener la bondad de enviarme los apuntes? Desearía reparar un poco el tiempo perdido. Envíame, junto con el apuntecito, el pequeño manual de aritmética que te presté hace algunos días. Tengo necesidad de repasar las difíciles reglas sobre las fracciones ordinarias.

“ Disculpa todas estas molestias, saluda a tus padres
“ y créeme tu afectuoso amiguito.

Eduardo. ” .

Cuando al día siguiente se presentó nuevamente a clase, Eduardito llevaba prolijamente hechos los deberes del día y sus lecciones bien estudiadas. La maestra elogió el proceder del niño, que, después de su enfermedad, volvía a clase con sus deberes y sus lecciones aprendidas, como si la asistencia no se hubiese interrumpido.

— Esa conducta se debe imitar, — agregó la maestra,
— porque revela trabajo y amor al estudio.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Viendo una tortuga que una liebre se reía de sus pies, le propuso jugar una carrera hasta llegar a un punto convenido.

Nombraron juez a una zorra muy astuta.

Dada la señal, partió la liebre dando grandes saltos; poco después se detuvo para descansar, confiando en su rapidez. Pero se quedó dormida.

La tortuga, sin correr, avanzó, avanzó con paciencia, sin detenerse y llegó primero al sitio establecido.

Con la perseverancia se consigue más que con la violencia y la rapidez.

Esopo.

Legado precioso

Una mañana Luisito, de regreso a su casa, después de realizar un hermoso paseo, halló en la cancel al verdulero que se disponía a salir con su cesta al brazo, después de haber dejado la verdura y la fruta que diariamente le vendía a su mamá. Don Vicente — que así se llama el verdulero — es un hombre simpatiquísimo. En casa de Luisito todos le quieren por su educación, por su buen trato y por su carácter alegre y bromista. Generalmente don Vicente no está solo; lo acompaña en su trabajo habitual uno de sus hijos, un jovencito de catorce años. Luisito cuando ve a éste lo mira con cierta curiosidad. Es también simpático, de expresión grave, que es lo que más llama la atención.

— Este es mi primogénito — dice don Vicente presentándoselo a Luisito. — Este es también mi heredero — añade luego.

Luis lo interroga con la mirada como diciéndole:

— ¿Qué queréis significar con lo de heredero? Sé que sois padre de una numerosa familia y que apenas ganáis lo indispensable para mantenerla con cierta decencia.

El verdulero, comprensivo y sonriente, responde:

— Sí, niño Luis; este es mi heredero, a quien dejaré cuanto poseo: honestidad y amor al trabajo; dos cosas que yo heredé de mi padre y mi padre las heredó de mi abuelo.

Luisito experimentó una gran satisfacción, y dió al buen hombre un fuerte apretón de manos, palmoteándole el hombro como prueba de que le gustaba su modo de hablar.

— Son dos cosas preciosas — volvió a decir don Vicente; — y después tengo que dejarle otra también preciosa. Mirad.

Así diciendo, sacó de un relicario que llevaba colgado al cuello, oculto entre sus ropas, un pedazo de papel en el que se leían algunas palabras.

— Leed, niñito, esta carta; la tuve de mi padre y la dejaré a mi hijo mayor, para que la enseñe a sus hermanos y luego a sus hijos. Esta carta escrita por mi abuelo es una preciosa reliquia.

Luisito tomó la carta, que mostraba bien a las claras las huellas del tiempo, y leyó:

“Hijito, cuando vayas a hacer cualquier obra piensa
“ en estas tres cosas:

“¿Hago bien? (A esto sólo puede responder una conciencia honrada).

“¿Qué diría mi padre si lo supiera?

“Después, ¿estaré contento?”

Todo allí, en esas preguntas, consistía el valioso legado. Luisito, aunque niño todavía, comprendía que don Vicente tenía razón.

— Esta carta me preservó en más de una ocasión de cometer malas acciones — dijo el excelente hombre.

Luis se la devolvió diciéndole:

— Es ciertamente preciosa; tenéis razón.

Parecía un hombrecito el que pronunciaba tales palabras.

— Y ahora vamos, hijo — dijo don Vicente, después de saludar a Luisito. Así, pobre y de humilde condición, acababa de testimoniar lo que puede una conciencia pura y un corazón bondadoso.



La alcancía de Roberto

Cuanto centavo, cuanto peso le era obsequiado, el pequeño Roberto lo guardaba en una alcancía en forma de barrilito que su mamá le había regalado. Tan simpático, tan amable y educado era este niño, que gozaba del aprecio de todas las personas de la amistad de su familia y que, enteradas del ahorro que Roberto hacía, se apresuraron a aumentar el capitalito depositado en aquel receptáculo de barro. Cuando su mamá o sus hermanas interrogaban al niño sobre el destino que daría al dinero reunido, respondía invariablemente:

— Cuando esté llena la alcancía, emplearé todo el dinero en la compra de un traje.

Madre y hermanas quedaban satisfechas ante la respuesta del niño, que revelaba un excelente propósito que, en más de una ocasión, fué motivo de elogio en esas reuniones íntimas de familia que se suceden después de la comida, y en las cuales, mientras los niños se entregan al reposo, las personas mayores comentan los sucesos acaecidos durante el día.

Transcurridas varias semanas desde la iniciación del

ahorro, la alcancía, encerrada en uno de los armarios de una hermana de Roberto, cayó casi en el olvido para todos, menos para el niño, hasta que un hecho imprevisto dió lugar a que la famosa alcancía fuera nuevamente tema de los comentarios familiares.

Dos largos meses hacía que Roberto poseía aquella alcancía y, dado los ingresos, se la suponía casi llena. La madre del niño calculaba que el ahorro ascendía a más de doce pesos y en breve quedaría el barrilito en condiciones de romperse y extraer su contenido. Pero, hete aquí que un día la buena señora, hallándose sin cambio, necesitó unas monedas y recurrió a la alcancía de su hijo para proveerse del dinero indispensable, que sería repuesto inmediatamente. ¡Cuál sería su sorpresa cuando la alcancía sonó a hueco; las monedas de níquel y los pesos brillaban por su ausencia! Sin poder dar crédito a lo que veía, la señora rompió la alcancía. ¡Amarga decepción! Mezclados entre los fragmentos del barrilito, ¡sólo halló nueve centavos!

Indignadísima la señora, aguardó el regreso del pequeño culpable, dispuesto a darle una severa reprimenda. El niño llegó al poco rato, muy satisfecho, llevando impresas en las comisuras de los labios muestras evidentes de haber comido golosinas.

Ante el consejo de familia, compuesto por la madre y sus dos hermanas mayores, que debían juzgar a Roberto sin consideraciones de ninguna especie, he aquí las explicaciones que dió:

— Una tarde salía yo a la calle y oí llorar a un niño: “¡Ih, iihh, ih!... Mamá ven...” Corrí asustado hacia el sitio donde mi amiguito Abel lloraba desconsola-

damente: “¿Qué te ha sucedido?” — “¡Ih, ih, ih...” — “¿Pero qué te pasa?” — “Aldo... se ha comido... todo el bizcocho que me regaló el masitero”. Has de saber, mamá, que Abel es un niño muy pobre y no puede comprar masitas. Yo, entonces, llamé con todas mis fuerzas al masitero, que se encontraba a una cuadra de distancia, y corriendo entré a casa, fuí al armario de Lía y saqué unas monedas de la alcancía, con las cuales adquirí masitas para Abel, quien quedó muy contento. Pero al día siguiente, a la hora en que pasaba el masitero, yo me hallaba en la puerta de la calle conversando con Abel, cuando de pronto me ví rodeado de tres o cuatro chicos mal vestidos, descalzos, a quienes yo no conocía, que iban llegando de diferentes sitios del barrio y me pedían casi suplicantes que les comprara masitas. Yo miré a Abel y ví que bajaba la cabeza como avergonzado. El había confiado a aquellos pobres chicos lo que yo hice con él el día anterior. Por esa razón, tantos niños me asediaban con igual fin, en aquella tarde. Yo, mamá, no titubeé, y desde entonces he ido consumiendo mi ahorro en gastos de masitas para esos niños y para mí, y pensaba continuar hasta que se me acabase el dinero, renunciando al traje.

Tan franca confesión calmó la cólera de aquellas tres mujeres. La madre, no obstante, conservó una actitud severa, pero Lía, que adoraba a su hermanito, lo estrechó en sus brazos, mientras Elena, la otra hermana, lo miraba sonriente y satisfecha.

La verdadera nobleza

Papá — decía Yiyito cierto día, — es una lástima que tú no seas rico.

— ¿Por qué, hijo mío?

— Porque los ricos son gentes muy felices.

— ¿En qué fundas tu creencia?

— Se trasladan de un punto a otro sin tomarse la menor molestia, porque tienen a su disposición hermosos coches, lujosos automóviles, y cuando emprenden largos viajes, ya sea por tierra o por mar, tienen los más confortables compartimentos en trenes y vapores.

— Pero, hijito, por eso no son felices. Te he dicho más de una vez que para ser feliz hay que ser bueno.

— ¡Es tan difícil, papá, ser bueno!

— Ya lo sé; el mal tiene mil asechanzas, mil modos de poner a prueba la bondad de un alma. Ten en cuenta cuando te sientas desfallecer que el bien triunfa siempre. Vamos a ver, ¿piensas tú que realmente la más bella cosa que existe en este mundo es ser rico?

— Sí, papá.

— ¿Por qué?

— Sencillamente porque los ricos no van a la escuela, no trabajan como tú, no padecen frío como mi amiguito Enrique, porque tienen buenos abrigos, estufas en sus lujosas casas, y cuando llega el calor se van al campo y comen muchos dulces y golosinas.

— ¿Por eso nada más?

— ¿Te parece poco?

— Sí, porque no creo que abunden ricos buenos que amen a sus semejantes como predicó Jesús.

— Es cierto, y se olvidan que vivió toda la vida pobre y era hijo de un carpintero.

— Me entristece la amargura con que pronuncias la palabra pobre. Dime, hijo mío — añadió amorosamente el padre atrayendo hacia sí a Yiyito — ¿te han despreciado alguna vez por ser pobre?

— No, papá; pero cuando Carlitos, mi compañero de escuela y yo nos encontramos con el hijo del rico señor Arau, éste no hace más que enumerar las comodidades de que disfruta y mirarnos con aire de superioridad.

— No hagan caso de ello; procuren Carlitos y tú ser tan amables, tan educados, tan correctos, que el niño rico reciba de ustedes tal ejemplo que se incline a quereros y a dejar de lado sus fanfarronerías. Recuerda, hijo mío, que no todos nacieron para ser ricos, y que serás noble únicamente si eres bueno. Si alguna vez alguien te reprochara tu origen humilde, acuérdate de la respuesta que dió en cierta ocasión un diputado de la Cámara de los Comunes de Inglaterra a un colega que le echó en cara su obscuro origen, como si fuera una mancha. — “Recuerdo haberos visto lustrar las botas a mi padre”... El colega no se enojó y le respondió tranquilamente:

— “¿Y dígame, señor mío, no las lustraba bien?”

El haber lustrado bien las botas, mejor dicho, el haber hecho bien su trabajo le producía una gran satisfacción, confundiendo al mismo tiempo al que quiso humillarlo.



Jorgelina

Cinco años de edad apenas, y la primera y grande dificultad que vencer..., pues le es imposible a Jorgelina escribir aquella carta para su querida mamá, en ocasión del día de su cumpleaños. ¡Y qué dificultad! En vano se esmera la cariñosa criatura en copiar los sobres y las cartas que su buen papá recibe a diario y que están allí sobre el escritorio, uno encima de otro o diseminados aquí y allí. La frase que tortura la linda y rubia cabecita se resiste a salir de aquella pluma que sostiene una manita suave y regordeta. ¡Ah! es que Jorgelina se ha olvidado de la lapicera y tintero de oro que su papá guarda en un estuche y que su abuelita le regaló el año pasado, también para el aniversario de su natalicio. Y movida del gran deseo de sorprender a su mamá con una cartita suya, Jorgelina no titubea en sacar del estuche el tintero y llenarlo de tinta, ensuciándose los deditos con ese trabajo. Y fatigada por la emo-

ción y por el esfuerzo, la sorprende su papá en el momento en que, con la lapicera de oro en la mano, escribe lindos garabatos en un papel. Jorgelina, al ver a su papá, no se inmuta. Le hace una seña cariñosa con la mano que tiene libre, queriéndole significar que se acercara.

Cuando el padre estuvo junto a su hijita, ésta dejó de escribir, se subió sobre la silla en que estaba sentada, le saltó al cuello y, rodeándolo con sus bracitos, le dió muchos besos. Luego, con una seriedad que hizo reír al papá, le dijo:

— Ahora vete, papá, que tengo que trabajar.

— Pero, ¿qué estás haciendo, mi nena?

— Chito, no digas nada a mamá; le estoy escribiendo una carta...

— Lo que haces, en realidad, es estropearme la pluma.

— No, papá; porque yo escribo con cuidado.

— ¡Pero tú no sabes escribir!

— Verás, verás luego cuando mamá reciba la carta, — respondió la niña, impaciente.

Y cuando su padre se alejó después de acariciarla nuevamente, Jorgelina volvió a trazar sus garabatos. Durante una hora no escribió más que siete u ocho renglones, siempre de garabatos. Los miraba y los volvía a mirar, pero la frase: “mamá te quiero mucho” no estaba en ninguna parte. ¡Qué pluma perversa aquélla, que no la ayudaba a expresar el sentimiento de que estaba lleno su corazoncito! Con un ademán desesperado arrojó la lapicera lejos de sí y se puso a meditar. Dentro de pocos minutos llegarían a la casa sus abuelos, sus tíos, sus primitas, con cariños y regalos para su mamita. Y

ella, su hija, estaba en el deber de saludarla antes que todos.

¿Qué hacer? Se acordó de que poseía una hermosa caja llena de figuras y de que cada figura,—según le había dicho su mamá, — representaba una letra del abecedario. Entonces, sin vacilar un segundo, corrió al armario donde guardaba la caja que la sacaría de apuros. La tomó con todo cuidado, y junto con un ramillete de violetas que esa misma mañana ella había confeccionado en el jardín, se dirigió al encuentro de su madre, que ya se hallaba rodeada de parientes. Avanzó hacia ella conmovida. Y destapando la caja revolvió con sus manitas todas las figuras y, entregándoselas a su mamá, le dijo:

— Soy chiquitita y todavía no sé nada. Toma estas letras y tú, que sabes tantas cosas lindas, forma las palabras: “Mamá te quiero mucho”. Y en seguida mi nombre: Jorgelina.

La señora abrazó y besó a su hijita, vivamente emocionada por esa demostración purísima. Y la pequeña, después de recibir las caricias de su mamá, puso en sus manos las violetas, diciéndole:

— Con estas flores va todo mi cariño, mamita.

— Bien, nena, bien, — dijo el abuelo, contemplando como arrobado a su nieta. — Ven, criatura, quiero darte un par de besos. — Tus palabras valen más que mil cartas — añadió el padre, contento por el comportamiento de su hija.

Y aquel día la mamá de Jorgelina celebró el cumpleaños más feliz de su vida.

Noble animal

El señor Antonio, mientras contemplaba a su hijo Jorgito, acariciando a su lindo y adorado mastín, lanzó un suspiro, y dijo tristemente:

— Yo nunca olvidaré el rasgo de un noble perro, en el último viaje que realicé por las hermosas sierras cordobesas.

— Cuéntame, papá, cuéntame — exclamó el niño, casi suplicante.

— Sí, querido, voy a complacerte. — Y dando un fuerte beso a su hijo, don Antonio comenzó diciendo:

— Me alojé durante dos semanas en el hotel X, situado en un lugar bellísimo de Córdoba. Me acompañaba don Juan, el padre de Carlitos, tu amigo, y juntos admirábamos, no sólo las sierras cubiertas de plantas silvestres de las especies más raras y de helechos finísimos — de los que he traído algunos para tu madre — sino también nos gustaba mirar los laguitos y arroyuelos con sus aguas cristalinas y rumorosas, y el cielo maravilloso que, a la caída de la tarde, toma colores delicados, rosas y lilas, que se extienden sobre la cumbre de las sierras semejanado largas cintas de seda que les sirvieran de adorno. En la mañana fijada para nuestra partida, la dueña del hotel nos regaló un paquete conteniendo poleo, “piperina”, menta y otras hierbas medicinales que crecen en aquellos lugares. Agradecemos el obsequio y montamos sobre los caballos, ya lis-

tos. Habíamos andado breve trecho cuando me sorprendió ver junto a las patas de mi caballo a Pallín, el perro guardián del hotel.

Traté de alejarlo con buenas palabras en la creencia de que el noble animal me seguía por cariño. Pero cuanto más avanzaba en mi camino, más fuertes eran sus ladridos, como queriéndome significar algo que yo no entendía. Probé de darle unos suaves latigazos para tratar de que me dejara en paz. ¡Todo en vano! Pallín no quería abandonarme y me clavaba los ojos con una insistencia que comenzó a preocuparme. Mi compañero perdía la paciencia, y yo también ya comenzaba a fatigarme de aquel obstáculo que se interponía a mis pasos. Intenté un último esfuerzo, y sin meditar en sus consecuencias me lancé al galope. El perro, rápido como una exhalación, se prendió de una de las patas traseras del caballo, deteniendo la marcha. Por un milagro de la Providencia no rodé a lo largo de la sierra, matándome. Pero, ciego de ira, jadeante, perdido todo dominio sobre mí mismo, saqué el revólver y apuntando a la cabeza del pobre Pallín disparé un tiro. El can, herido de muerte, me miró de un modo que no olvidaré mientras viva. Había en esa mirada un dulce reproche. Arrastrándose penosamente, emprendió con lentitud el sendero que conducía al hotel. Entonces tuve un vuelco en el corazón. ¿Qué había hecho? ¿Si el animal tenía razón para impedir que me fuera? Vamos a ver — me dije. — Y lo seguí. Ni bien llegamos al hotel, el excelente perro, que casi no podía moverse por la sangre perdida, se dirigió al cuarto en que yo me hospedaba, y junto a la silla en la que yo había dejado

olvidada la valija que contenía mi dinero, se dejó caer para no levantarse más. Todo lo comprendí. Recogí mi valija y presa de dolor y de remordimiento, me quité el sombrero y me incliné con respeto frente al nobilísimo animal ¡muerto por hacerme bien!...

Jorgito lloraba sobre el lomo de Dondón, su perro, quien también parecía compartir la emoción de su patrón y la del niño.

CARIDAD
(Fragmento)

Madre, ayer un desgraciado
una mano me alargó,
y entre sollozos me dijo:
—¡Una limosna por Dios!
Al verme dobló su frente
pálida por el dolor,
y entre profundos suspiros
una lágrima vertió.

—¡Infeliz!... Y tú, hija mía,
¿le desdeñaste?
No, no,
le dí una limosna, madre,
y él la mano me besó
y tembloroso me dijo:
—¡Gracias! ¡Que os lo pague Dios!
—¡Hija del alma! Has cumplido
con un mandato de Dios.

M. Molina.



La voz de la conciencia

Don Guillermo, hombre tan honrado como trabajador e ingenioso, había inventado un poderoso insecticida que no tardó en venderse en todo el país. Gracias a esto don Guillermo hizo fortuna. Viajaba continuamente por toda la República y durante las vacaciones le gustaba que lo acompañara su hijito Leopoldo, a quien adoraba.

En uno de esos viajes, por la provincia de Santa Fe, y en compañía de su hijo, tuvo que detenerse en un villorrio para proveerse de las hojas de un árbol del cual extraía una de las materias de que estaba compuesto el famoso insecticida. Uno de esos árboles, y de los más corpulentos, se encontraba, según le indicaron, en casa de “Ña Juanita”, una simpática viejecita que se pasaba todo el día hilando y que solía contar a los chicos del barrio las proezas de su hijo, muerto en la guerra del Paraguay.

Doña Juanita, viuda desde muy joven, vivía pobremente en su casita, gracias a una modestísima pensión.

Ella ignoraba la importancia del árbol que poseía.

Fué por él que una mañana muy temprano, don Guillermo llamó a la puerta de la humilde vivienda, en compañía de Leopoldito.

La viejecita, mate en mano, se apresuró a abrir. Después de saludarla, don Guillermo, le expuso el objeto de la visita. “Ña Juanita” les hizo pasar, diciéndole:

— Tome usted, señor, todas las hojas que quiera, se las regalo.

— No, señora, — le contestó don Guillermo, — vengo precisamente a que me las venda, porque yo necesito una gran cantidad.

— ¡Ah!, señor, usted se llevará todas las hojas si quiere, pero yo no las vendo — respondió con firme acento la viejecita.

Don Guillermo se quedó perplejo ante tal obstinación. ¿Cómo romper aquel propósito? ¿Era posible que él, un negociante casi millonario, aceptase sin ninguna retribución el presente de “Ña Juanita”, que desconocía que era una fuente de recursos? ¡No! Su conciencia hablaba fuerte y le ordenaba revelar a la anciana la importancia que para él tenían las hojas del árbol.

— Vea, señora, — díjole don Guillermo, — yo soy un comerciante que necesita esas hojas para un compuesto que pongo en venta. No puedo aceptarlas, entonces, como un regalo; mi conciencia me lo veda.

“Ña Juanita” miraba, ora a don Guillermo, ora a su hijo, sin saber qué responder. Por fin, no sin cierto embarazo, como quien pide mucho por una cosa que considera de escaso valor, contestóle:

— Bueno, señor; siendo como usted dice, deme cinco pesos por todo el árbol.

— Imposible, “Ña Juanita”; eso es poco. Tome.

Y don Guillermo alargó a la viejecita un billete de cien pesos.

La viejecita no cabía en sí de gozo ante aquel dinero inesperado, y autorizó a don Guillermo a que se llevase todo el árbol. Pero éste sólo llenó dos bolsas con las ramas y hojas que necesitaba.

Leopoldito había observado toda la escena, sin perder un detalle, y dijo al retirarse:

— Papá, ¿por qué no consentiste en dar sólo los cinco pesos que te pedían? “Ña Juanita” no sabía si tú eras rico.

— Hijo mío, escuché a la voz de mi conciencia. Ella es la que debe regular siempre los actos de nuestra vida.

Sólo así no nos desestimaremos nunca.

FÁBULA

—¿De qué modo (un camello
dijo a la hormiga)
con tan débiles fuerzas
haces tu vía?

—Con la constancia
(respondió) y el trabajo
todo se alcanza.

P. Fernández Baeza.

Pollito

extraviado

¡Pío! ¡pío, pío, pío! ¡pío! ¡pío! Y ese piar, que parecía un lamento, provenía del balcón del cuarto de la madre de Julito. Este, des-



pués de escuchar atentamente durante varios minutos, abrió la ventana y, mirando a un lado y al otro, procuró ver el sitio en que se encontraba el pollito llorón.

¡Pío! ¡Pío, pío, pío! ¡Pío! La misma vocecita repetía el lamento. Pero el niño no alcanzaba a divisar al animalito.

Por fin le pareció a Julito que se movían las ramas de una planta de “espárrago espumoso” que su mamá tenía entre otras muchas en el balcón; se inclinó para separarlas, y vió... a un pollito acurrucado entre ellas.

El niño alargó la mano y lo tomó con todo cuidado, después corrió al comedor donde se hallaba su madre, y gozoso le dijo:

— ¡Mira! ¡Mira!

La señora se sorprendió muchísimo de aquel hallazgo. Lo que más asombro le causaba era pensar cómo el pollito había llegado hasta allí. Pero pronto ella misma se dió una explicación. Posiblemente en alguna de las terrazas vecinas a la casa de altos en que vivían tendrían

instalado un gallinero. El pollito se extravió al atravesar un techo y llegó hasta el de ellos; bajó por una escalera que comunica con la casa y sin que nadie lo advirtiera, fué hasta el balcón lleno de plantas que correspondía a su habitación.

¿Cuánto tiempo estuvo allí?... No se sabe.

El pollito se mantenía quietito sobre las manos del niño. Estaba cubierto de unas plumas cortitas de color amarillo salpicado con manchas negras. Tenía los ojos cerrados; ya no lloraba fuerte, sino tan despacito que apenas se le oía.

¿Tendría mamá y hermanitos? ¡Quién sabe!

Mientras tanto, había que pensar en darle algo de comer en seguida, porque debía de tener hambre.

Julito fué a comprar triguillo y lo desparramó delante del pollito, a quien dejara sobre una mesa. El pollito vió el triguillo, dió un paso y comenzó a picotear con toda rapidez. Con el pico daba golpecitos sobre la mesa cada vez que engullía un grano de triguillo. Bebió agua en un tarrito chato preparado por Julito y su mamá expresamente para él. Después se estiró, se sacudió, se rascó la cabeza con una patita y pareció estar satisfecho.

La mamá de Julio miraba con ternura al pollito. Luego, como hablando consigo misma, dijo:

— ¡Cuántas veces quedan también niños así solitos en el mundo!

Julio saltó al cuello de su madre y besándola fuerte en ambas mejillas, exclamó:

— ¡Qué suerte que yo tengo a mi papá y a mi mamá que me quieren tanto!

— Así es — respondió la señora.

El pollito se hizo querer de todos en aquella casa, hasta del perrito Tintín. Un día fueron sorprendidos los dos en animado diálogo próximos a un plato de comida. El perro le preguntaba con la amabilidad de un niño bien educado:

— ¿Es ésta tu comida o la mía?

EL CHINGOLO

(Fragmento)

Cuando el campo está más solo,
Y la casa, en paz, abierta,
Aparece por la puerta,
Muy sí señor, el chingolo.

Viene en busca de una miga
O una paja de la escoba
Que, ciertamente, no roba,
Porque la gente es su amiga.

Salta, confiado, al umbral
Y solicita permiso,
Con un gritito conciso
Como pizca de cristal.

Y en el patio de la escuela
Con saltito impertinente,
Parece que eterramente
Va jugando a la rayuela.

Leopoldo Lugones.

Empleo de las manos

Yiya, Luisita, Pocha y Totita se han reunido en casa de Lulú para jugar a las señoras. Y después de vestirse con trajes de las personas mayores y de componerse con ellos lo mejor posible, comenzaron a charlar como lo hacen las señoras, y dándose el tratamiento de gentes que ostentan títulos nobiliarios.

— Buenas tardes, señora condesa, ¿cómo está?

— Muy bien... pero me siento con mis nervios que andan...

— ¿Andan, condesa?

— Sí, andan un poco mal.

— Pero entonces cúrese; pregunte a su médico lo que conviene hacer para calmarlos.

— ¿Y usted, marquesa?

— A decir verdad, ya no puedo más de tantos disgustos...

— A ver, cuéntenos...

— ¡Imagínese que esta mañana mi doméstica rompió tres tazas muy finas, y ayer seis platos y dos vasos!

— ¡Qué desastre! ¿Y por qué no la despide?

— ¿Por qué, por qué?... Para no echar a perder mis blancas manos en la ruda faena de la casa.

— ¡Ah!

— Disculpe, señora baronesa, pero tiene el sombrero torcido...

— Gracias; no es extraño que esto me suceda, porque estoy tan preocupada...

— ¿Sí? ¿Qué le pasa?

— Que hace algunos días se murió un precioso gato de Angora que yo quería muchísimo.

— ¡Ah!, eso no es nada para afligirse tanto. Compre otro y se consuela en seguida.

— Sí, haga como yo — dice a su vez la que figura como gran duquesa, — pocas semanas ha que enviudé y ya tengo otro marido.

— ¿Desde cuándo?

— Hace dos días.

La mamá de Lulú, que ha oído toda la conversación, interviene al punto.

— Eso está mal, muy mal, señoritas. No hay cómo perdonar los disparates que todas ustedes han dicho, y una sola disculpa tienen, ¿la saben? Es la de hacer de señoras cuando todavía son niñitas. Para el buen gobierno de Vds., les aconsejo que nunca hagan de grandes cuando son chiquitas. En cuanto a tí, Yiya, que has declarado que no despedirías a la criada para no tener que trabajar en las faenas de la casa, que echarían a perder tus finas manos, ¿has pensado en el pobre papel que desempeñan en dejarse admirar sólo porque son lindas? ¿No crees que mejor les haría el ejercicio de poner y quitar la mesa, haciendo la limpieza, regando las plantas, en una palabra, dando vida a tus manos con el trabajo asiduo que ennoblece, con la amorosa solicitud y diligencia que todo lo anima? Aprendan todas ustedes, niñas mías, a educar sus manos; empiecen con las cosas pequeñas y de humilde y poca apariencia, preparándolas así para ocupaciones más altas, como las de vendar heridas y acariciar la frente de un enfermo o de un ser afligido. En esa forma, es el al-

ma la que mueve los dedos y preside sus ademanes, exteriorizando toda la bondad humana. Recuerden también que hay actos de cuidado y de delicadeza que sólo las manos pueden realizar, e imprimen una gracia y distinción en las de las niñas pobres como en las de las niñas ricas, porque esa gracia y esa distinción no son patrimonios de una clase privilegiada de la sociedad, sino de aquellas almas en las que arde de continuo el fuego sagrado de la caridad, que es amor y es protección al necesitado. Y ahora, nenas queridas, que con tanta atención me habéis escuchado, vamos a tomar el te. En la mesa encontraréis las flores que yo he cortado en el jardín para que sirvieran de adorno y recrearan vuestros ojitos, y que mis manos han dispuesto en un jarrón. También hallaréis las golosinas que mis propias manos han preparado para deleite de vuestro paladar. ¿Comprenderéis cuántas cosas buenas hacen las manos, sabiéndolas gobernar?

Yiya, Luisita, Pocha, Totita y Lulú besaron a la señora, como agradecidas a la amorosa amonestación.

MI PATRIA

Mi patria es grande, bella, rica, generosa y culta.
Tiene maravillas naturales y admirables.
Tiene todos los climas y producciones
Ofrece sus bienes a todo el mundo.

¡Qué hermosa es la bandera de mi patria!
Es bandera de paz, trabajo y libertad.
¡Viva mi patria!

X.

Sed indulgentes

El padre de Juanito es un hombre trabajador y honrado; pero tiene el feo vicio de embriagarse cada quince días. Su esposa y su pequeño hijo sufren mucho a causa de esa mala costumbre del jefe de la familia. Y la señora, que es cristiana, reza constantemente a Dios para que su marido destierre para siempre de su vida ese repugnante hábito.



Juanito es muy amigo de Pablo, el hijo de una vecina y uno de sus mejores condiscípulos. Cuando se reúnen para jugar, Pablito procura en lo posible ahuyentar la tristeza de su amiguito y hacerle olvidar su pesar. Siempre le infunde esperanzas de que, un día u otro, algún acontecimiento imprevisto obligue a su padre a abandonar el vicio de la bebida. Juanito, que sabe que para nada han valido las súplicas de su bondadosa madre, duda de que ese milagro se produzca; pero retorna a su casa con un poco de confianza y más fortalecido. Las semanas transcurren unas tras otras y el feliz suceso no se realiza. Y Juanito y su mamá se desalientan.

Una noche don Marcelo (así se llamaba el padre de Juan) se excedió aún más que otras veces en beber, y al levantarse para regresar a su casa casi no podía te-

nerse en pie. A duras penas y dando continuos tumbos, emprendió el camino. Pero, en lugar de transitar por la vereda, lo hacía en mitad de la calle. En el estado en que se hallaba no divisaba ni oía nada. Así fué que un carro que pasaba por allí lo derribó al suelo, con tan mala suerte que una de las ruedas le pasó por encima de la pierna izquierda, fracturándose.

¡Imposible describir el dolor de su esposa y de su hijo, cuando vieron llegar a don Marcelo transportado en una camilla, en un estado lamentable y penoso! Todo lo olvidaron para no pensar más que en curarle.

Entre los vecinos el hecho fué comentado. Hubo personas para quienes ese dolor, esa caída de un semejante, produjo en el fondo de sus corazones una especie de gozo y en sus juicios no fueron nada piadosos. Hasta el padre de Pablito, hombre recto y bueno, llegaron los ecos de aquella falta de caridad a la vista de un prójimo que pagó caro el haberse dejado dominar por un vicio. Indignado por esos juicios poco benévolos, tomó a su hijo de la mano y díjole:

— Mira, Pablo, más de una vez te he dicho: Sé bueno. Ahora te ruego tengas siempre presente en la vida este consejo: “Cuando veas a tu prójimo caer en faltas o aún en crímenes manifiestos, no debes creerte mejor que él, porque no sabes cuánto tiempo perseverarás en el bien. Todos somos frágiles; pero no debemos creer a ninguna persona más frágil que nosotros. Es caritativo dar alimentos y ropas al pobre, pero es preciso ejercer la caridad hacia las almas: más superior y más grande que la limosna del dinero!”

.....

Don Marcelo se encuentra completamente restablecido de su dolencia, y desde entonces no ha vuelto a beber más alcohol. Las horas que le deja libre su trabajo las dedica a platicar amablemente con el padre de Pablito, quien lo visitó durante su enfermedad y del cual es gran amigo. Hoy el hogar de don Marcelo es un hogar feliz.

¡SONRÍE, CHICUELA!

(Fragmentos)

¡Sonríe, chicuela,
sonríe, que tienes
la cara tan triste
que da pena verla!

¡Y el delantalito
negro, que te han puesto
recordando a aquellos
que — ¡mi pobrecita! —
sola te dejaron,
da a tu rostro enteco
la melancolía
de los días fríos
de las noches solas!...

.. .. .
.. .. .

¡Y al mirarte aislada
con el aislamiento
de tu desamparo
con tus grandes ojos
lentos de recelo,
imagen inulta (1)
de todos los huérfanos,
de todos los parias,
siento como un nudo
que me oprime el cuello
y me angustia el alma!...

¡Sonríe, chicuela,
sonríe, que tienes
la cara tan triste
que da pena verla!...

Rodolfo F. Rodríguez.

(1) **Inulta**.—Adjetivo poético que significa no vengado o castigado.



Mariposa, flor

— Si esas dos palabras *mariposa* o *flor* las aplicáramos a ciertas niñas, ¿qué significaríamos con ellas?

Mariposa, flor. Continuamente repetía esas dos palabras la pequeña Marieta, mientras estudiaba su lección de gramática. En cierto momento acertó a pasar por allí el abuelo y se detuvo para escuchar lo que su nieta decía en aquellos momentos.

— Mariposa, flor...

Deseando indagar hasta qué punto llegaban los conocimientos de la niña, le preguntó:

— ¿Dí, Marieta, qué significan esas dos palabras que te afanas en repetir?

— Abuelo, son proposiciones.

— ¿Sabes tú lo que es una idea antes de preguntarte lo que es una proposición?

— Si nosotros pensamos en una mariposa o en una flor, nos parece verlas de una manera más o menos diferente en nuestra mente. A esa representación intelectual es a lo que se llama *idea*, nos dijo la maestra.

— Entonces las ideas ¿qué son?

— Las ideas son las imágenes de las cosas que nosotros formamos en nuestra mente.

— Bien, bien. Advierto que eres una alumna aprove-

chada — dijo satisfecho el abuelo. — Veamos, ahora, si sabes el modo de fijar las ideas y de comunicarlas a los otros.

— Para eso usaremos un signo que se llama letra y con ese signo se formará la *palabra*. Así nosotros, diciendo o escribiendo *mariposa* o *flor*, podemos fijar nuestras ideas y comunicarlas a los otros.

— ¡Ay, abuelo; ahora sí que no sé responder!

— Sin embargo, la respuesta es fácil. La mariposa es la niña frívola y vanidosa que quiere adornarse como una muñeca, sin pensar en los gastos que origina a sus padres. Esa niña que discute con su madre para tener vestido y sombrerito de última moda, sin apercebirse que la condescendencia de la buena madre y del padre afectuoso, les privará de cosas a veces muy necesarias. La mariposilla en cuestión va por la calle siempre erguida y toda su persona respira un aire de frialdad y de superficialidad que inspiran antipatía. Sus labios no se abren para esas sonrisas alegres, que son la expresión de la serena alegría de un alma juvenil. Hijita mía, ese es el retrato fiel de nuestra vecina, esa jovencita alta y delgada que cursa el segundo año de la escuela normal, que vemos pasar todas las mañanas por nuestra puerta, vestida siempre con cierta elegancia.

— Bien, abuelo; ¿cuál sería la niña flor?

— La que es sencilla en su vestir, graciosa y amable en sus maneras, educada y correcta para con todo el mundo, respetuosa siempre, en especial con los ancianos, y muy cuidadosa del aseo de sus vestidos y de su persona toda. En fin, la criatura *flor* es aquella que al verla

es grato exclamar: ¡Qué buena y querida es esta niña!

Marieta estaba atónita. Nunca creyó que su lección de gramática conduciríala, por influencia del abuelo, al conocimiento de cosas tan útiles y provechosas. Mirando fijamente al anciano, repitió maquinalmente:

— Mariposa, flor.

Y luego, como hablando consigo misma, dijo quedamente:

— ¡Quiero ser flor!...

LOS VIAJES DEL SOL

El buen sol no está en la cama
Cuando yo de noche duermo.
De la tierra en torno viaja
Y su luz lleva a otros pueblos.

Mientras es aquí de día
Y en la huerta alegre juego,
A otros niños en sus camas,
Va la noche a dar un beso.

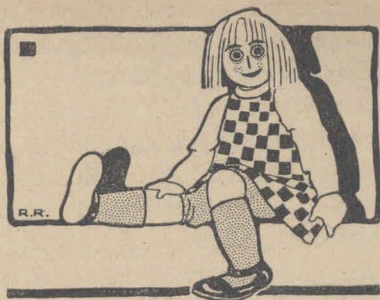
Y al caer aquí la tarde,
Mientras yo a la mesa ceno,
Los niñitos del Oeste
Con el sol dejan el lecho.

Stevenson.

Los zapatos de la muñeca

En una cruda mañana de invierno, dos niñas caminaban por las calles de una de nuestras más hermosas y doctas ciudades del interior, en demanda de un socorro. Su aspecto famélico y macilento, descalzas y cubiertas de andrajos, movía a compasión. No obstante, hacía largo rato que vagaban de un extremo al otro de la populosa ciudad sin encontrar quien les ofreciera una humilde dádiva, sin hallar un solo ser que, sin aguardar que ellas tuvieran que extender sus delgadas y pálidas manitas, se anticipara presuroso y les diera algunas monedas para poder, siquiera, comprar un pan para saciar su hambre.

Tristes y desalentadas, llamaron las pobrecitas niñas a una casa de apariencia señorial, circundada por un gran jardín. Las pequeñas mendicantes aguardaban, llenas de ansiedad, que aquella puerta se abriese ante ellas y les ofreciese una buena y generosa acogida. Ya no podían más. No era sólo el frío intenso lo que hacía temblar sus cuerpecitos mal cubiertos, no era el hambre que roía su estómago; era aquella indiferencia de las gentes que acumulaba la amargura en sus corazoncitos y sembraba en sus mentes un germen de rebelión. Ahora esperaban en la puerta que tenían frente a sí y pe-



dían desde el fondo de sus almas, en una plegaria sin palabras, que aquel último llamado no fuera estéril, pues ellas no querían desesperar de la caridad humana. Y la puerta se abrió. Una criada gruesa y bonachona, de rostro bronceado, aguardó a que las niñas formularan su pedido. En seguimiento de la criada, y quizá por espíritu de curiosidad, llegaron dos niñas, muy bien vestidas y calzadas. Al observar el aspecto de miseria que acusaban aquellas pobrecitas que alargaban las manos y, entre sollozos casi, solicitaban una limosna, las niñas que habitaban la hermosa mansión se enternecieron, y, antes que la criada pudiera responder, exclamaron: Pasen ustedes, que les daremos parte de nuestro desayuno. Tan buenas eran aquellas niñas, que en lugar de llevar a las pequeñas mendicantes a la cocina o a un cuarto modesto de la casa, las hicieron pasar a la sala, mientras pedían a la criada, que contemplaba absorta aquella conmovedora escena, fuera en busca de te con leche y bizcochos. En tanto, ellas no se cansaban de observar y de condolerse de las pobres niñas, y éstas miraban tímidamente todos los objetos que las rodeaban en un palacio encantado, habitado por aquellas dos diminutas hadas. Lo que más atrajo sus miradas fué una bellísima muñeca que, lujosamente vestida, ocupaba un silloncito de la suntuosa sala. ¡Qué preciosa era! ¡Ellas nunca tendrían una igual!...

En una gran bandeja trajo la criada las tazas conteniendo la deliciosa infusión y golosinas variadas. Las niñas pobres y las niñas ricas tomaron asiento alrededor de una elegante mesita, donde fué colocada la bandeja. Con frases afectuosas las segundas alentaban a las pri-

meras para que tomaran su té y de cuanto allí había para comer. Aquel grupito tan desigual para el común de las gentes, hacía pensar con júbilo inmenso en la realidad de la fraternidad humana.

Terminado el desayuno, las gentiles dueñas de casa regalaron a sus protegidas algunos vestidos y ropas. Pero observaron que no tenían zapatos con qué calzar a aquellas niñas, que ya se marchaban bendiciéndolas. Entonces la más chiquita corrió hacia la muñeca y sin vacilar un segundo le sacó los zapatos de seda celeste que completaban su lujoso atavío, y se los dió a la más pequeña de las niñas para que se los calzase en el acto. La niña le dió las gracias con lágrimas de su corazón estremecido de gozo por tanta generosidad.

UNA MADRE

¿Sabéis lo qué es tener una madre? ¿Sabéis lo qué es ser un niño? ¿Un pobre niño, débil, miserable, hambriento, solo en el mundo, y sentir que junto a vosotros, protegiéndoos, caminando cuando camináis, deteniéndose cuando os detenéis, sonriendo cuando lloráis, tenéis a una mujer o mejor a un ángel que está ahí, que os mira, que os enseña a hablar, que os enseña a leer, que os enseña a amar; que calienta vuestros deditos entre sus manos, vuestro cuerpo contra su pecho, vuestra alma en su corazón, que os da su lecho cuando sois pequeños, su pan cuando sois mayores, su vida constantemente y a quien decís: «¡Madre mía!» y que os dice: «¡Hijo mío!» con tanta dulzura que estas dos palabras alegran a Dios?

Víctor Hugo.

La sonrisa del maestro

En aquella tarde reiteraba el maestro a su discípulo Raúl la necesidad de hacer un deber antes de terminar la clase.

Raúl era un buen niño, pero con grandes tendencias a la holgazanería. El maestro le había dicho sonriendo:

— Vamos Raúl, hay que trabajar; de hoy no pasa sin que hagas el deber de aritmética.

Nada contestó el niño. Había visto sonreír tan paternalmente a su buen maestro, que no hizo caso del pedido. Podía substraerse muy bien al cumplimiento de toda tarea porque aquella sonrisa nada malo auguraba. El maestro era la bondad misma. Todos lo sabían y todos le querían muchísimo.

— ¿Sabes? — le dijo minutos después su compañero Germán; — tengo una buena noticia que darte. La función de esta tarde en el cinematógrafo de la esquina de casa parece ser interesante. En el programa figuran “El perro que salvó al amo”, “La niña extraviada en el bosque” y “El hada azul”. Papá me regaló dos entradas para que concurriera con un amiguito, y te invito, ¿quieres venir?

— Tú siempre gentil; tendré mucho gusto en acompañarte. Lo que me propones es bien diferente de lo que acaba de decirme el maestro.

— El maestro no puede decirte más que cosas útiles y provechosas.

— No lo niego, pero lo que es hoy no me siento inclinado a realizar ningún esfuerzo.

— Sin embargo, debes intentar hacer el deber; si quieres, yo te ayudaré.

— ¡Quiá!, hoy no hago nada.

Dicho esto, Raúl tomó parte en los juegos de sus compañeros y no se acordó más del deber. Pero a la hora de salida, cuando todos los niños se hallaban formados, el maestro le dió a Raúl una palmadita en el hombro, y señalándole la sala de clase, le dijo:

— Tú vuelves allí.

Desagradable fué la sorpresa del niño. Estaba lejos de esperar que el maestro lo penitenciara. Retornó a la clase muy apenado. Había disgustado a su maestro, quedaría recluso quien sabe por cuántas horas, y se vería privado de una diversión. Pero, sobre todas las cosas, sentía pesar sobre él la justicia del castigo impuesto. Lloró largo rato.

Obscurecía cuando el maestro retornó al aula. Raúl encontrábase aún con la cabeza entre las manos, sollozando. El disgusto y la vergüenza lo dominaban.

— ¿Quieres decirme, Raúl, por qué no me obedeciste hoy?

— Porque usted sonrió tan cariñosamente, maestro, que yo no temí ningún castigo.

— De manera que obedeces sólo por temor. La blandura, el cariño con que te trata tu maestro no te mueven a ser mejor. Pues de hoy en adelante comprenderás que aunque te reclame sonriente una tarea, no te librarás del castigo, si no la cumples.

— Maestro, perdóneme. Sabré en lo futuro responder a su bondad.

Raúl es hoy un hombre y recuerda en toda ocasión la sonrisa de aquel excelente educador que le enseñó a obedecer por la fuerza del amor.



El poder de la bondad

“ Señorita:

“ Nunca se borrará de mi
“ mente un grato recuerdo que
“ hoy constituye mi felicidad.
“ Trátase de que un día al
“ asistir como de costumbre a
“ la escuela me porté mal, con

“ lo que dí motivo a que mi maestra me reprendiera se-
“ veramente y me enviara después a la dirección.

“ Avergonzado por el acto cometido, estaba triste y
“ cabizbajo, cuando de pronto oí una voz de mujer,
“ dulce y tierna, que me hablaba despacio y con una
“ entonación que hizo vibrar todo mi ser. Escuché...
“ parecía la voz de mi buena madre, a quien muchas
“ veces oigo hablar así, pero que, francamente... no
“ escucho todas las veces que debiera hacerlo.

“ ¿De dónde salía esa voz? ¿Quién la inspiró en ese
“ momento para que llegara tan hondo dentro de mi co-
“ razón?

“ Háblome largo, díjome muchas cosas que jamás ol-
“ vidaré.

“ Esa mujer era usted, señorita, a quien hoy venero
“ con toda mi alma, y le prometo enmendar mi conducta
“ en lo futuro y grabar para siempre en mi conciencia
“ aquella voz angelical que tan sabios consejos supo
“ darme.

“ Saluda a usted con el mayor cariño y respeto. Su
“ atento.

Daniel Ximénez.”

A esta carta, en que está resumida toda la historia de un niño cuya conducta dejaba mucho que desear, se puede agregar que la conversión de Daniel al bien es real y positiva. Día por día él afirma sus buenos propósitos de ser bueno. Su maestra está contenta. Sus discípulos lo admiran, un poco sorprendidos por el cambio, y la señorita, que tiene a su cargo la vicedirección, se siente feliz por haber “despertado” a esa almita que estaba dormida o simplemente adormecida y para la que sólo han bastado *dos palabras dichas en voz baja* con ternura de corazón.

Y con el noble anhelo de que despierten muchos niños que, como Daniel, no esperan más que el momento, la circunstancia, un consejo, un estímulo, una mirada de simpatía o de cariño para ser despertados, la inteligente educadora dejó constancia en un cuaderno del ejemplo dado por Daniel, con el consiguiente elogio para el niño.

Entre las consideraciones que hacía con respecto al poder de la bondad que deben ejercer siempre los padres y los maestros que cumplen con su amor su sin igual misión, anotamos las siguientes:

— El bien atrae a las almas como la lucecita de la casa paterna al niño que se extravió en el bosque y que camina vacilante entre sombras y ruidos extraños.

— Es sabido que a los hongos venenosos de los bosques se les encuentra casi siempre en parajes en que no llega la luz del sol. Las setas venenosas del corazón del niño y del hombre son sus malas inclinaciones, y si no llega la luz del conocimiento, la fuerza de la bondad, el noble deseo de *hacer y hacerse* mejor, no se pueden desarraigar.

Pero, la buena maestra, no se limitó a eso sólo para

conseguir que en su escuela abunden los niños buenos como Daniel. En un cuaderno que lleva por título: "Mis esfuerzos para ser bueno", hace firmar a cada niño que no se conduce bien, una declaración de enmienda. ¡Y los resultados que obtienen son bellísimos!

CANTO DE LA ALDEA

La noche

Con piedad infinita la blanca luna llena
Vela el tranquilo sueño de la aldea dormida,
El campanario se alza en la noche serena
Como blanca azucena hacia Dios ofrecida.

Las amapolas tienen con un suave escarlata,
Las franjas de la luna que atraviesa el prado,
Finge ser el molino de un blanco immaculado,
Diminuto castillo con cuatro aspas de plata...

Es hora de descanso, sólo la luna vela
Y arrastra sus rastrillos de brillantes cristales
Por los rubios trigales y las pilas de heno.

Junto a la tosca rueca se ha dormido la abuela,
Hilando blanca lana de corderos Pascuales,
Tan blancos como aquellos de Jesús Nazareno...

Beatriz Eguía Muñoz.

La polvera, el cisne y el libro

Paulina es una niña que tiene instalado junto a su dormitorio el gabinete tocador y el cuarto destinado al estudio y al trabajo.

Noche pasada, Paulina veló hasta la madrugada, trabajando en una labor para su mamá. Por esa razón, despertó más tarde aquella mañana. Mientras se desperezaba, oyó con sorpresa un murmullo de voces que partía de su cuarto tocador. Se levantó inmediatamente y fué a ver lo que ocurría.

También su polvera, soñolienta aún, abría la boca y bostezaba: ¡Aaaaah!

El cisne, que se hallaba a sus pies, la dijo: — Buen día, amiga mía.

La polvera, repuesta ya, contestó el saludo con cierto fastidio.

EL CISNE. — ¿Estamos de mal humor esta mañana?

LA POLVERA. — No se puede estar siempre con el mismo humor.

EL CISNE. — Es verdad; pero ello me disgusta.

LA POLVERA. — ¿Por qué?

EL CISNE. — ¿Y me lo preguntas? Sabes muy bien



que te quiero mucho.

LA POLVERA. — Deberías comprender entonces la razón de mi mal humor y no ser tan tonto.

EL CISNE (*con ligera inclinación*). — Gracias.

LA POLVERA. — ¡No ves a mi patroneita que se vuelve cada día más nerviosa? La veo desde aquí, algunas veces, echada sobre el sofá en su gabinete de estudio con un libro en la mano y dando cada suspiro!...

EL CISNE. — ¡Y me lo decís a mí? Antes me llevaba cuatro veces al día sobre sus lindas mejillas, sobre su blanco cuello, y yo la envolvía toda en una nube de tu polvo perfumado. Sentía que me tenía afecto y yo era muy feliz al corresponder a sus caricias. Ahora pasan los días y las semanas sin que ella se acuerde de mí. ¡No hubiera creído jamás que fuese tan caprichosa, tan voluble, tan ingrata!

LA POLVERA. — Yo también tengo motivos para estar quejosa. Antes venía a mí cantando y me abría varias veces al día... Ahora se ha vuelto insoportable. Me abandona durante largo tiempo y hasta me hace caer al suelo. Antes daba vueltas por toda la casa, cantando y riendo. Ahora está pálida, melancólica, taciturna.

EL CISNE. — Te confieso, por mi parte, que me arrepiento de haber querido tanto a una dueña tan ingrata y estoy pronto a escaparme desde mañana para no morirme de fastidio.

LA POLVERA. — Ah sí, mi buen compañero, tienes razón. Y, si lo consientes, me iré yo también contigo, porque nos ha de ser fácil hallar otra amita menos descuidada y más afectuosa con nosotros.

(*Se oye una prolongada carcajada en el cuarto de estudio*).

Paulina, siempre atenta, continúa escondida detrás de un cortinado.

LA POLVERA. — ¡Quién se ríe de este modo?

Un libro antiguo contesta desde el gabinete de trabajo:

— Soy yo que me río, murmuradores, tontos, que no comprendéis nada y que pretendéis hablar de cosas superiores a vuestra inteligencia.

EL CISNE. — ¡Y quién eres tú que te permites escuchar nuestras conversaciones y luego nos criticas?

EL LIBRO. — ¡Quién soy? Lo véis muy bien. Soy un libro, un simple libro que, para la dueña, es aún más precioso que vosotros, querida señora polvera, y más importante que vos, querido señor cisne.

EL CISNE. — Sois en verdad muy presuntuoso. Nadie tiene el derecho de hablar de esa manera. Y, tenéis que explicarme, ¿qué habéis venido a hacer en esta casa?

EL LIBRO (*riendo*). — ¡Ah, ah, ah! ¿Qué vengo a hacer? ¿No comprendéis que mi patroneita ha comenzado a estudiar y que por esta razón hace caso omiso de vosotros? ¡Qué polvo, ni qué cisne! Ahora estoy yo, están mis numerosos compañeros, queridos míos.

(*El cisne y la polvera se miraron confusos, tratando de comprender aquel misterio*).

Paulina, conmovida, corrió a su cuarto de trabajo, rodó con su bracitos al libro que tan bien se había expresado, y exclamó alegremente: ¡Adiós coquetería! ¡Vivan los libros! ¡Viva el estudio!



El ciego, el perro y el violín

El anciano mendicante, — privado de la vista desde su juventud a raíz de una explosión producida en la fábrica donde trabajaba, — se sentía morir en aquella noche de invierno en que el frío mostraba todos sus rigores.

El pobre ciego apenas si podía andar. En una mano conservaba su viejo violín, caro instrumento que le recordaba tiempos mejores, en que a la luz de la lámpara, antes de entregarse al reposo, arrancaba a sus cuerdas dulces melodías. Cuando se dió cuenta de que su ceguera era definitiva, tomó esa caja con cuerdas y resolvió con ella recorrer las poblaciones y mendigar unos centavos al son del instrumento. Podría de esa manera subvenir a las necesidades más primordiales de la vida.

Solo en el mundo, pues no contaba más que con algunos parientes lejanos, que eran gentes egoístas y sin co-

razón, su único compañero sería Ulmico, su hermoso perro de aguas. Este y el violín constituían su familia, su bien y su única alegría en el mundo. Durante el penoso peregrinaje de su existencia, no le abandonaron jamás, permaneciendo siempre fieles. Días de hambre, de calor, de frío, de lluvia; largas y dolorosas horas de enfermedad, todo lo sobrellevaron junto al infeliz ciego. ¡El ser viviente y el ser inanimado ofrecían a los hombres un raro ejemplo de Cariño, de Fidelidad y de Constancia!

Y en aquella noche en que el pobre ciego comprendió que la muerte ya había posado su garra sobre él, que pocos minutos le quedaban de vida, dijo a su perro:

—“¡Es el fin! Ví el sol que dentro de mis pupilas se extinguió un día y entonces la obscuridad fué para mí ilimitada. Hoy muero; te dejo. Vete lejos: busca un hombre que quiera ser tu sostén, hazle comprender: el patrón ha muerto; ¡no me echés! y lámele la mano”.

Después, el ciego, cobrando alientos, pues sus débiles fuerzas le abandonaban poco a poco, díjole al violín: —“¡Adiós!... Recuerdo cuando alegrabas mis horas de soledad antes que la desgracia me privara de la luz y te agradezco toda tu ayuda para ganarme el pan de la vida. Quizá hubiera hecho bien en destrozar tus cuerdas que guardan el secreto de mis humildes canciones... Si dejo al perro que se vaya, si le ordeno que procure tener otro dueño, es porque deseo que no perezca de hambre. ¡Él no me inquieta, porque sé que si le ofenden muerde! Siento, no obstante, gran pena en dejar para siempre al leal y abnegado compañero, que tanto cuidó de mí, que como nadie vigiló mi persona y mi sueño...

Tú, mi violín... nada puedes... y yo en tu defensa no puedo romper tus cuerdas. ¡La muerte está ya sobre mí... apenas pueden rozarte mis manos!" La voz se extinguió con un suspiro. Después se hizo el silencio. El perro comenzó a ladrar de un modo lastimero, mientras daba vueltas y se debatía alrededor del cadáver de su amo... A pesar de que el frío hacía más intenso a medida que avanzaba la noche y que caía la nieve copiosamente, el perro, fiel al ciego, le hizo guardia durante toda la noche. El alba le sorprendió inmóvil junto a él...

En el cielo las primeras nubes de la aurora diseñaban su arco de luz. Y el violín puso en movimiento sus cuerdas como si dedos invisibles las hicieran sonar; se oyó en el nacimiento de aquel día, una canción matinal, de infinita dulzura. Arrulló esa música un sueño de virgen y calmó el llanto de un niño...

Después las cuerdas se rompieron. Una sábana de nieve cubrió el cuerpo del ciego y el de sus fieles compañeros. Ciego, perro y violín desaparecían estrechamente unidos en la muerte como lo habían estado en vida y practicaban así un sentimiento que se llama: ¡Fidelidad!

CONSEJO

No desprecies los consejos
De los sabios y los viejos.

Martínez de la Rosa.



La metamórfosis de un hurraño

Esteban era un niño hurraño y serio en extremo. Cuantos esfuerzos habían realizado sus padres, tendientes a modificar esa fase de su temperamento, resultaron estériles. No obstante, ellos no se desalentaron, y cuando comprendieron que, agotados todos los recursos de que disponían, no les quedaba otro remedio que llamar al anciano maestro del pueblo, no titubearon en colocar al niño bajo la autoridad de aquél, considerado por todos como un guía y modelador de mentes y almitas infantiles.

Enterado del caso, el viejo maestro se prestó gusto a la tarea; pero impuso como condición que el niño fuese a vivir con él, en el colegio confiado a su dirección desde hacía largos años.

Así fué como Esteban, con lágrimas en los ojos, se despidió de sus padres, en una tarde en que la primavera ofrecía sus encantos en forma variada.

Esteban no ignoraba la causa provocadora de ese alejamiento. Sus padres, deseosos de que se verificase el cambio tan anhelado, le hicieron entender que dependía exclusivamente de él, regresar en breve tiempo al hogar de los suyos. En el momento de la separación, el maestro le había dicho: — No te aflijas en demasía, es-

tarás de retorno en cuanto te modifiques — confirmando en esa expresión lo que ya le habían manifestado sus padres.

Aquel día fué para Esteban de los más tristes de su vida.

Llegado al colegio, el maestro le presentó a uno de los alumnos del establecimiento. Ese niño era bueno, aplicado, muy locuaz y se sonreía siempre. Poseía esa cortesía afectuosa que atrae a nuestros semejantes y domina dulcemente sobre las almas. Se llamaba Carlos, y en pocos días ejerció una influencia saludable sobre el hurraño Esteban. Le entretenía con el relato de anécdotas y de cuentos, en los que se destacaba siempre la nota alegre; le regalaba hermosas estampas, le ayudaba a hacer sus deberes, le hacía preguntas de toda especie, obligándolo a responderle. Poco a poco, Esteban, que se sentía atraído hacia ese niño tan simpático e inteligente, sufrió una transformación que habría sorprendido a quien le conociera antes de su entrada al colegio.

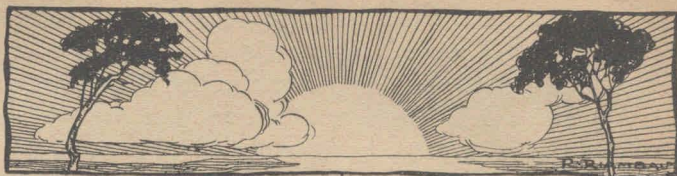
No rehuía el trato de sus compañeros y, cuando lo interrogaban, contestaba y hasta era capaz de animarse en una conversación. El maestro, que lo observaba atentamente, constataba con íntima satisfacción los rápidos progresos obtenidos en el carácter del pequeño Esteban. A menudo comentaba el hecho con su querido discípulo Carlos, el precioso instrumento de que se servía para alcanzar sobre Esteban el fin propuesto.

Una mañana, Carlos y Esteban se hallaban jugando en el parque que circundaba aquella casa de educación. En ocasiones interrumpían sus juegos para contemplar

a las abejas que volaban de flor en flor, y se detenían para libar el delicioso néctar. En los días anteriores habían hecho lo mismo, observando que las abejas no se posaban sobre ciertas y determinadas flores; antes bien, parecían huir de ellas. Y como el fenómeno se repitiera, resolvieron esa mañana llamar al maestro para que les explicara la causa. El maestro acudió y después de haberse dado cuenta de la maniobra de las abejas, les dijo:

—Niños míos, la explicación es muy sencilla; estas flores contienen veneno y aquellas no, y las abejas, que lo saben, se cuidan bien de detenerse en ellas. Así en la vida: de los seres malos, envidiosos o de un carácter irascible, se huye siempre. Los hurraños y poco comunicativos tampoco atraen — prosiguió el maestro, mirando con intención a Esteban. — No sucede lo mismo con los que son alegres y sonrientes con todos. Un amigo de la niñez ha dicho que “la sonrisa en la boca de un niño es como la flor que brota en la primavera”.

Esteban comprendió el significado de aquellas palabras que habían sido pronunciadas expresamente para él. El anciano maestro acababa de dar la última mano a la obra. Esteban fué devuelto a sus padres en el final de aquel curso, sin que experimentara después ninguna repugnancia por el trato con gentes. Fué por siempre expansivo, sonriente y alegre. Y la metamorfosis se debió a aquel viejo maestro y a Carlos, su fiel instrumento, que coadyuvó en la realización de aquella ardua tarea.



Sombra y Sol

— No te puedes imaginar, papá, el disgusto que me causa cuando veo que mis compañeros miran con cierto menosprecio a un niño negro que concurre a la escuela. Consienten en jugar con él, pero siempre haciéndole sentir su inferioridad. Hay otro que es de color pardo y también le sucede lo mismo.

— ¿Son buenos esos niños?

— Sí, papá.

— ¿Y tú eres amigo de ellos?

— Sí; y a veces por defenderlos tengo que soportar las burlas de mis compañeros.

— Hijo mío, no hagas caso de los que te zahieren siempre que cumplas con un deber y tus actos estén de acuerdo con los dictados de tu corazón y de tu conciencia. Ponte tu abrigo y vamos ahora a dar un pequeño paseo por la huerta.

Breves instantes después, padre e hijo, tomados de la mano, se encaminaban a la quinta. A pesar de la proximidad del invierno, la tarde era bellísima.

— Papá, se está mejor aquí afuera que no adentro de las habitaciones — dijo el niño en un arranque de entusiasmo. — ¡Qué lindo sol! Siento menos frío en

este momento. Razón tienen los que afirman que los enfermos sufren más de noche que de día.

— Sí, hijo mío; la luz es una buena medicina. “La luz del sol es — dice un eminente médico — mucho más de lo que podemos imaginarnos, fuente de vitalidad y fuerza, de coraje para la vida: ella vigoriza nuestros músculos; entona nuestros nervios, eleva la presión de la sangre en nuestras arterias y nos infunde alegría”.

— ¡Ah, papá! ¡Qué pena me da pensar en los presos, en los que se pasan el día entero en las fábricas y en los talleres, sin poder disfrutar sino muy rara vez de un rayito de sol!

El padre nada respondió a ese noble sentir de su hijo, pero le dirigió una mirada llena de ternura. Luego, llevándolo hasta las cercanías del corral, díjole:

— Mira, Horacio, a esas gallinas negras, blancas, grises y pardas. Las negras parecen ser las más insignificantes; sin embargo, es proverbial su fama porque producen más huevos. ¿Ves aquellas vacas blancas y negras?

— Sí papá.

— Pues aseguran que las negras dan leche más abundante y mejor que las blancas. Ahora vuelve tus ojos hacia la cuadra y contempla nuestros caballos. Los hay de diversos colores, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza.

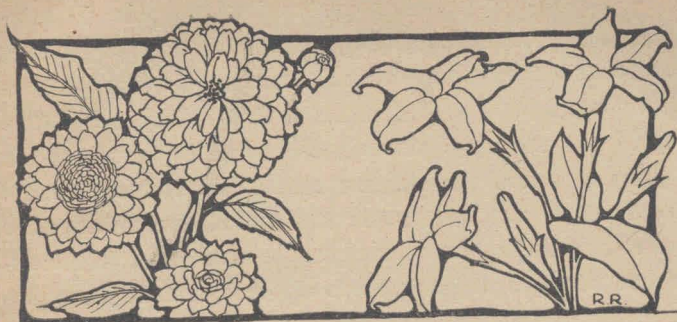
— Pues bien, Horacio. Casi siempre los negros y los pardos son los que corren más rápidamente y tienen mayor resistencia que los blancos y de otro color. ¿Comprendes por qué entre los seres humanos acontezca lo

mismo? El color de la piel nada significa. El hombre se impone al respeto y estimación de sus semejantes por sus buenas cualidades, por la nobleza de sus sentimientos, por la bondad que revelen sus actos. A pesar de las apariencias exteriores que nos distinguen, no podemos trazar otra línea divisoria de la que separa el bien del mal. El vicio y la maldad no elige el color para enseñorearse del hombre. Hay muchos rostros blancos y hermosos bajo los cuales germinan las más grandes perversidades. No olvides nunca, hijo mío, que no debes conceder importancia alguna al color. Esos camaradas tuyos, a quienes la naturaleza ha afeado con el color, pueden muy bien ocultar un corazón bueno y un espíritu recto. Además, nuestra historia tiene también sus héroes negros: Falucho y el coronel Barcala. ¿Te asalta alguna duda sobre lo que acabo de decirte?

—No, papá. Creo en todo lo que me has dicho y trataré de cumplirlo. Con tus observaciones alcanzo a comprender mejor una canción que mamá entona con frecuencia, y cuyas primeras estrofas comienzan así:

Quando el cielo está nublado
Dice el vulgo que no hay sol,
Mas tras el velo de nubes
¡Qué derroche de esplendor!

Esto me recuerda a gentes
De muy rústico exterior
Con muchas sombras afuera,
Pero, adentro ¡cuánto sol!



El sueño de las flores

Mamá — dice Totita, — ¿a dónde van las flores en el invierno?

— Duermen en la tierra, ligeramente cubiertas por una tenue manta de escarcha. Todo es silencio a su alrededor, y ellas reposan tranquilas.

Cuando el invierno ha pasado y se difunde en el aire la dulce tibieza de la primavera, el buen Dios se aproxima a las pequeñas durmientes, levanta la ligera manta que las cubre y las llama: “¡Oh, vosotras, mis hijitas, levantaos!”

— ¿Y qué sucede entonces, mamita?

— Que las florecillas salen afuera y abren sus claros ojos a la luz.

— ¡Ah! — exclama Totita. Después de unos segundos de meditación, agrega:

— ¿Sabes, mamá? Me gustaría ser una flor.

— ¿Sí? Pues ya lo eres, hijita. Falta que te des a tí misma los perfumes.

— ¿Cómo hacer? — pregunta la niña, sorprendida.

— Escucha, Tota: Los que se han ocupado de estudiar a las flores nos dicen que, como todas las plantas, absorben de la tierra las substancias que ésta les proporciona. Las flores, como los frutos, salen de la tierra como por encanto, aprovechando todos los elementos con que esa madre amorosa las nutre. Sin embargo, en el perfume de una rosa, o de una violeta, no se descubre ni el olor de la tierra, tan grande es el poder de transformación que se ha operado en cada una de estas flores. Tu carita, hija mía, es también una flor. Si tu almita es buena, a medida que avances en la vida, irás dando a los que estén cerca de tí tu gracia y tu perfume. Todos llevamos al nacer los nobles gérmenes que conducen al bien, y del empleo que de ellos hagamos somos, a no dudarlo, los únicos responsables. ¡Cuántas oportunidades se nos ofrecen para poder brindar el perfume de nuestra bondad y las desperdiciamos! Podemos hablar con cariño y no lo hacemos; pedir perdón y no nos atrevemos. La boca no se ha hecho sólo para comer, sino también para un fin más noble: para la palabra cordial y sincera, afectuosa y delicada. Debemos acostumbrarnos a vencer nuestra voluntad que duerme en nosotros como las flores bajo la tierra en la estación invernal; lo principal es empezar, y verás, hijita, cómo todo se alcanza. Tú, que recién asomas al mundo, puedes, mi Totita, comenzar en ese arte, el más hermoso de todos, el decir palabras lindas, el “hablar con cariño”. Yo y tu maestra te ayudaremos.

Y ahora, mi nena, mi florecita linda, voy a repetirte lo que dijo un escritor y poeta:

“No ocultes en avaro seno
Las palabras suaves;
Mas como flores, cual bandada de aves,
Vayan a consolar a algún mortal.

Doquier mi vista explaye, veo heridos,
Y oigo tan sólo llantos y gemidos.
Al corazón que sufre,
La voz del corazón es un cordial.”

Después de todo lo dicho, yo te pido, mi Tota, que cuando llegues a jovencita sea tu preocupación constante el dejar asomar a tu rostro la suavidad, la gracia, el perfume y la belleza de los buenos sentimientos que duermen sin duda alguna en tí y que sólo aguardan, como las flores, el momento de ser despertadas: ¡Acuérdate de ellas!

LA LIMOSNA

En una cierta ocasión
(de esta escena fui testigo)
le arrojó pan a un mendigo
un niño desde un balcón;
pero su padre, hombre humano
díjole: — ¿No te sonroja?
La limosna no se arreja:
se besa y se da en la mano.

Vicente Rubio.



El sueño de Nineta

¡Dulce sueño! Como dicha celestial descendes solicito todas las noches a cobijarnos bajo tus alas; ahuyentas de nosotros toda pesadilla, borras de nuestra mente toda imagen de placer y de dolor y, dejando que rueden libres, invadiendo todos los ámbitos de nuestro ser, sus armonías internas acaban

de sumirnos en un estado inefable. — Goethe.

Surge el sol para iluminar y calentar la tierra.

Los pajaritos lo saludan con sus cantos, mientras las flores reabren sus corolas bajo la influencia del benéfico calor.

¡No hay nada que pueda compararse al soberbio espectáculo que ofrece el horizonte!

Nineta duerme todavía. Pero la voz amorosa de la madre, primero, y luego la de Susi, la hermanita mayor, en compañía de Polo, el perro guardián de la casa, la llaman para que se levante y tome temprano su baño de aire y de sol. Sin embargo, la niña parece dormir profundamente. En su rostro angelical se refleja la dicha. A veces sonrío. Sus sueños deben ser, sin duda, rosas y azules. Así parece comprenderlo Susi, que sonrío a su vez extasiada y no insiste en el llamado. El excelente Polo también se está quietecito.

¿En qué sueña Nineta?...

.....

Se aproxima la Navidad y la mente de la niña se puebla de visiones rosadas. Ella sueña que ha salido de paseo, en compañía de su papá. Por el camino encuentran un caserón y sobre la puerta de éste un cartel que dice: "Teatro de títeres. Hoy se representa Arlequín".

Nineta entró con su padre. La atraía Arlequín y quiso verlo. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que todos los personajes, las decoraciones, la orquesta, colocada en el fondo de una galería, todo eran muñecos de madera! Un niño de ocho años de edad (éste sí era de carne y hueso) hacía de portero, de dueño de casa; tocaba el violín en la orquesta, y todo lo hacía escondido detrás de un cortinado. De esa manera, cambiaba de voz y manejaba desde allí con una cuerda a los personajes de la comedia que representaba.

Nineta, al hacer el descubrimiento, tuvo una gran alegría. En el momento de representar el sol, el pequeño empresario y único actor, para imitar al astro luminoso, encendió un fósforo: el papel ardió y se produjo un incendio, que arrasó los árboles y quemó la cara de algunos muñecos, que tomaron actitudes ridículas. El público se rió mucho y Nineta también. Pero, prudentemente, su papá la sacó del improvisado teatrillo antes de que el fuego llegase hasta ellos...

Nineta ha despertado ya, y va a gozar ahora del aire puro de la mañana, que nos proporciona alegría y salud.



Zu - Zu - Zu....

Tonio y Pirucho no comprenden bien para qué sirven esos postes altos, altos con muchos hilos de alambre, lo mismo se encuentran en las calles más céntricas que en las más apartadas de la ciudad. Tonio y Pirucho son chiquitos, y como todavía no van a la escuela, ignoran muchas cosas. Saben por sus padres que esos postes y esos hilos constituyen el telégrafo. Saben también que la palabra se transmite por esos hilos de un extremo al otro, salvando enormes distancias.

Cierta vez, a Tonio y Pirucho, transitando por la calle, se les ocurrió detenerse junto a un palo telegráfico. Apoyaron contra él una oreja y escucharon.

— ¿Qué oyes? — preguntó Pirucho.

— Oigo zu-zu-zu... — respondió Tonio.

— Yo también oigo lo mismo; me gustaría oír alguna de las palabras que se transmiten de una ciudad a la otra. Escuchemos, sin cansarnos.

En tanto que estos dos niños prestaban atento oído, llegó Coco, con su monopatín. Este chico es mayor que Tonio y Pirucho. Al observar la actitud en que se encontraban sus amiguitos, quiso él también hacer lo mismo.

— No, no, no se entiende nada — hizo notar Tonio. — ¿Qué dirán?

— Esto no se puede saber — contestó Coco. — Lo sa-

brán solamente, según dice papá, a donde reciben el telegrama.

— ¿El telegrama? ¿Y qué es un telegrama? — preguntó Pirucho.

— Es una carta breve en que se envía una noticia o salutación urgente. Esta carta se escribe y deposita en una oficina telegráfica, donde aparatos eléctricos en conexión con muchos alambres transmiten esa comunicación por intermedio de los signos de un alfabeto ideado con ese propósito, respondió un anciano de rostro bondadoso e inteligente que acertó a pasar por allí y que había sido sorprendido por la conversación de los niños. Estos dieron las gracias al amable señor, que se alejó sonriendo.

Después Pirucho, dirigiéndose a sus compañeros, les propuso jugar al telégrafo. Uno de ustedes se va al otro poste y yo me quedo en éste, y luego hablamos juntos, ¿quieren?

Tonio aceptó y se fué al poste más próximo.

Coco, en cambio, declaró que él, con su monopatín, correría más velozmente que la palabra a través del espacio.

— ¡Zu-zu-zu-zu! ¡Cien kilómetros por hora! ¡Verán ustedes! — Y emprendió la carrera precipitada a riesgo de romperse las narices.

En tanto, Tonio y Pirucho, ocultos detrás de los postes del telégrafo, sostienen este inocente diálogo:

— Buenos días, Pirucho, ¿cómo te va?

Como no obtuviera respuesta insistió:

— Buenos días, Pirucho, ¿cómo te va?

Silencio... Entonces perdió la paciencia y fué a ver qué hacía su amiguito. Este, con la boca llena de caramelos, sacando un paquetito del bolsillo, le dijo riéndose:

— Hay también para tí, ¿quieres?

EL PERAL

A un peral, una piedra
tiró un muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el árbol.
Las almas nobles,
por el mal que les hacen,
vuelven favores.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

EL MÉRITO Y LA FORTUNA

Caminando a sol y a luna
Con extraña intrepidez,
Se encontraron una vez
El Mérito y la Fortuna.
Ambos entonces a una
Dijeron: ¿Quién esto vió?
¿Quién así nos reunió
En dulce fraternidad?
Lo oyó la Casualidad,
Y exclamó riendo: «Yo!»

Príncipe.

Tota y Luisita

¡Uhm! ¡Uhm! Totita llora desconsoladamente. Se le ha caído el tintero de la mano y se ha manchado el vestido blanco, estrenado hace pocos días, cuando salió de paseo con su papá.

¡Pobre Tota! ¡Llora por su vestido nuevo que ya no podrá usar?

No; la hermosa prenda inutilizada, que tan bien le sentaba, no es sólo lo que abate el alma de la niña. Allá, escondido en uno de los rincónitos de su conciencia, hay un remordimiento, chiquito, chiquito, pero que la desazona, sin conseguir ahogarlo.

¡Ella ha desobedecido a su mamá!

Con muy buenas maneras y con palabras cariñosas, la mamá le había dicho: “Escribe, me gusta que lo hagas, pero antes debes cambiarte el vestido, porque puedes ensuciarlo”.

¡Y había desobedecido!

¡Uhm! ¡Uhm!, llora Totita, y tiene razón.

Para quitar las manchas de los vestidos, de cualquier prenda para uso personal u objeto de que nos servimos, basta un poco de agua, jabón, cualquier otro menjurje que expenden en el comercio, y paciencia; pero las manchas que pesan sobre la conciencia por el mal cometido,



no pueden quitarse más que con llanto y arrepentimiento sinceros.

Totitá está arrepentida, y en un noble impulso de su corazón, va a pedir perdón a su mamá.

La señora se sorprende primero desagradablemente, y, luego, abre los brazos perdonando. Tota se ha tranquilizado, pero sigue triste. Ahora es ella la que no se perdona a sí misma, haciéndose toda clase de reproches. En ese estado de ánimo hace irrupción en su cuarto la pequeña Luisa, su vecinita de la casa de al lado. Y entra vestida de un modo tal, que Tota se olvida de todo, y suelta a reír a mandíbula batiente.

— ¡Eh! — le dice Luisita, — ¿por qué ríes tanto; no estoy elegante así?

Totita no responde, sigue mirando a su amiguita y sigue riendo. Lleva puesto un vestido muy cortón, que deja ver parte de los calzones. Los zapatitos no corresponden a sus pies; son anchos, y no cabe duda que se los ha sacado a Lucía, su hermanita, mayor que ella; lleva en la cabeza un bonete de lana de color rojo, propio para el invierno o para playa; está mal peinada y, a guisa de sombrilla, lleva un paraguas de su papá, de mango grueso, y al que le ha puesto un moño de cinta verde para hacerlo un poco coquetón. Ella no se inmuta por la risa que provoca en Totita y, dándose aires de persona mayor, le dice: “¿Quizá le gustaría a usted oír algunos de mis discursitos?”

Tota se retuerce de risa y su mamá también.

La Patria.

Obra y amor.

Mi querida Nellina:

Me preguntas, ¿cómo se ama a la patria? Voy a decírtelo en seguida:

El amor al lugar donde nacimos, cuando en este lugar transcurrió nuestra niñez y nuestra adolescencia, o gran parte de nuestra vida, no necesita ser inculcado. Es



un sentimiento que nace y crece espontáneo en todos los corazones día por día. Este amor está lleno de cosas delicadas, inexpresables, de recuerdos suaves, de tiempos imborrables y de intereses hasta materiales.

Como el pájaro ama el árbol o el alero donde cuelga su nido y alrededor del cual vuela buscando su alimento, así cada uno de nosotros ama el país natal por la vida que tuvo en él, por el recuerdo de los entretenidos juegos, por los queridos compañeros de escuela, por los amiguitos del lugar, por toda esa poesía incomparable que nos envuelve y guía nuestros pasos en la primera edad. Y se ama porque en un rincón de ese país tenemos nuestra casa, nuestros parientes y amistades, nuestros trabajos, las mismas costumbres de las gentes que se mueven en torno nuestro, y de cuyo cielo respiramos el mismo aire.

El otro amor hacia la patria grande, y luego hacia

la humanidad, comienza apenas se sale del estrecho límite del lugar nativo. Puede realizarse esto unas veces con el pensamiento y otras personalmente. La lectura, los viajes y el cinematógrafo hacen conocer todo nuestro país y otros países del mundo, y lo hacen amar por sus bellezas naturales, por su suelo, por sus montañas altísimas.

Pero, no basta, niñita, “amar” a la patria por sus bellezas, por su gloria. Es necesario “hacer obra”; y obra y amor, esto es, práctica e idea, deben marchar juntas, compenetrarse, iluminarse y reforzarse una con otra.

Amamos a nuestra madre, ¿verdad?

Cuando somos chiquitos estamos siempre a su lado, nos sentamos en su regazo y nos dormimos en él confiadamente; contemplamos de continuo sus ojos y disfrutamos de sus miradas plenas de amor; le acariciamos por largas horas sus cabellos y nos empapamos de su alma, y necesitamos de vez en cuando apretar fuerte sus manos y no sabemos decir más que una palabra, una sola, que resume nuestra ansia de amor:

— ¡Mamá!

— ¿Qué, tesorito?

— ¡Nada! — respondemos en un hilo de voz. ¡Nada y todo! Ella nos comprende y nos asegura que somos para su corazón el tesoro más grande del mundo. Y su corazón entra en nuestro corazón y nuestra sangre, que es su sangre, se hace suya una segunda vez, y a su influjo nace en nosotros, más que el amor, la devoción, el sacrificio. Después, ya crecitos, la misma madre nos toma de la mano y nos lleva a la escuela; más tarde nos

presenta al jefe de la oficina o al director de la fábrica, o al capataz del taller; que nos exhorta a trabajar, y que nos hace entender que sólo con nuestro trabajo y con nuestra decencia podemos hacerla feliz.

Y así también se ama a la patria.

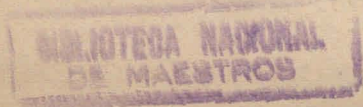
Un beso grandote de tu madrina.

Elvira.

AL LEVANTARSE

— ¡Mamá! siento mucho frío,
Pero ¡fuera la pereza!
— Tienes razón, hijo mío,
Pues no hay salud sin limpieza.
El desayuno sabroso
Te dará nuevo vigor.
¡Bendigamos al Señor
Que nos colma generoso!
Sé trabajador y bueno,
Estudia, trabaja y piensa,
Que un día, de gozo lleno,
Lograrás la recompensa.
Jamás la tierra baldía
Produce frutos ni flores;
El perezoso, en su día,
Sólo obtendrá sinsabores.

Félix Florián.



Í N D I C E

| | Página |
|---------------------------------------|--------|
| Dos libros y dos niños.. | 7 |
| Pájaro sin nido | 9 |
| Corazón magnánimo | 12 |
| ¡Respetad los nidos! | 14 |
| La severidad de Pepito. | 16 |
| ¡Cuidado! | 18 |
| Los dos paraguas.. | 21 |
| El moscón de oro.. | 23 |
| Presuntuoso humillado | 25 |
| Una hija modelo.. | 27 |
| Monólogo de aves. | 29 |
| Una función maravillosa | 31 |
| La madrecita | 34 |
| El niño enfermo | 37 |
| Saúl, el fanfarrón | 40 |
| El primer día de escuela | 43 |
| Los melocotones | 46 |
| Los malos hábitos. | 49 |
| Noble enemigo.. | 52 |
| El silbato caro. | 55 |
| La veracidad | 58 |
| Ahorro de tiempo y de dinero. | 61 |
| La paciencia. | 64 |

| | Página |
|---|--------|
| Navidad | 66 |
| Ura discusión | 68 |
| Honradez recompensada | 71 |
| Orden y laboriosidad | 74 |
| La limosna del corazón | 77 |
| Para vivir contento | 81 |
| La pequeña valija. | 84 |
| La escolar pobre. | 87 |
| La rama de magnolias | 90 |
| Eduardito. | 92 |
| Legado precioso | 95 |
| La alcancía de Roberto. | 97 |
| La verdadera nobleza. | 100 |
| Jorgelina. | 102 |
| Noble animal | 105 |
| La voz de la conciencia. | 108 |
| Pollito extraviado. | 111 |
| Empleo de las manos | 114 |
| Sed indulgentes. | 117 |
| Mariposa, flor. | 120 |
| Los zapatos de la muñeca. | 123 |
| La sonrisa del maestro. | 126 |
| El poder de la bondad. | 128 |
| La polvera, el cisne y el libro | 131 |
| El ciego, el perro y el violín | 134 |
| La metamorfosis de un huracán. | 137 |
| Sombra y Sol | 140 |
| El sueño de las flores | 143 |
| El sueño de Nineta | 146 |
| Zu-Zu-Zu. | 148 |
| Tota y Luisita. | 151 |
| La Patria, Obra y Amor | 153 |

“Librería del Colegio”

BUENOS AIRES